

# La Ilustración Artística



Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 27 DE MAYO DE 1912

Núm. 1.587

BARCELONA.—SALÓN DEL FAYANS CATALÁ



ESTUDIO, fotografía artística de L. Martí Olivares

## SUMARIO

**Texto.**—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Como la nieve*, cuento de José A. Luengo. — *Melilla. Muerte de El Mizzián*. — *La muerte de D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. — *Madrid. Inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes*. — *Enrique Bröwning*. — *Augusto Strindberg*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada, continuación). — *Actualidades barcelonesas*. — *Marconi en Madrid*. — *Copenhague. Proclamación del nuevo rey Cristián X*.

**Grabados.**—*Estudio; Tipos holandeses; Paisaje del Ródano*, fotografías artísticas de L. Martí Olivares. — Dibujo de Sardá, que ilustra el cuento *Como la nieve*. — *El recitado*, cuadro de A. García Carrió. — *Melilla. La muerte de El Mizzián* (cuatro fotografías). — *El eminente polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo*. — *Despacho del Sr. Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional*. — *La fundación de los Juegos Florales en Tolosa*, cuadro de J. Pablo Laurens. — *La víctima de la fiesta*, cuadro de Ignacio Zuloaga. — *Madrid. Exposición Nacional de Bellas Artes* (tres fotografías). — *Enrique Bröwning*. — *Augusto Strindberg*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Marconi en Madrid* (dos grabados). — *Copenhague. Cristián X y el príncipe heredero*. — *El pueblo aclamando al nuevo soberano*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo tengo que hacer una rectificación, por lo mismo que nadie me la ha pedido: y es la de mi opinión acerca de Lidia Borelli, la actriz que actuó, con su compañía, en el Teatro de la Comedia.

Confieso que los dos ó tres primeros días que la vi trabajar, me pareció algo que no rebasaba de los límites de lo mediano, y así lo dije. Sin duda por su juventud pudiera dar grandes esperanzas; pero su trabajo no me interesaba hasta el grado de la admiración.

Empezó a destacarse en *Salomé*. La famosa y tan absurdamente entendida y discutida tragedia de Oscar Wilde, es obra de prueba para cualquier artista. No diré que Lidia Borelli me haya hecho olvidar a Gemma Bellincioni, ni en la representación ni en la parte coreográfica; pero la interpretación que dió al personaje de la princesa de Judea fué digna de mención, y la danza de los Siete velos, bailada con menos feroz sensualidad, quizás más adecuada al carácter de la hija de Herodías, que en medio de su perversidad ingénita y grandiosa conserva tal frescura juvenil y hasta virginal.

La intensidad de ese papel hace que la actriz que lo desempeña con acierto pueda graduarse de trágica. Una trágica no necesita gritar, ni llorar, ni hacer grandes molinetes y aspavientos con los brazos; y, en el papel de Salomé, los momentos que mayor escalofrío causan, son aquellos en que permanece silenciosa, crispada, agazapada como pantera joven, que se recoge para saltar y morder... Y no quiero desperdiciar la ocasión de insistir en que *Salomé* es una de las obras maestras que ha producido el arte, en el período reciente, entre fines del XIX y principios del XX. En tan corto espacio como el de un acto, es imposible llegar a más honda armonía de impresiones, todas convergentes hacia la idea del drama. Cada escena, cada personaje, cada palabra, tienen valor propio, y así nos parece que esa obra tan corta ha durado un tiempo larguísimo, y no porque canse y fastidie, sino al contrario, por la fuerza de sugestión que hay en ella, que en su breve esencia se ha reconcentrado. Y es que no huelga allí una palabra; que no hay fraseología, que no hay sino los elementos necesarios al espanto, al escalofrío agudo de los nervios y a la emoción del espíritu.

Los que ven en *Salomé* pornografía, se equivocan tan de medio a medio como los que ven algo terrorífico, género gran Guignol. No son pornográficas las obras porque en ellas se desate la pasión, ni son terroríficas porque en ellas haya sangre y cabezas cortadas. La pornografía es lo antipasional, y el melodrama lo horroroso epidérmico. En *Salomé* el horror surge del triple fondo del alma, y sólo corre la sangre que debe correr; ni gota más, ni gota menos. Mueren tres personajes en el corto término de la acción, pero mueren, porque no pueden dejar de morir. El príncipe enamorado de Salomé se suicida porque su amor es algo insensato, loco, incompatible con la existencia; el Bautista es decapitado porque Salomé, en su cólera de leona desdenada, ha resuelto vengarse y ser dueña, un minuto, de la hermosa testa sangrienta; y Salomé muere porque su crimen y su amor no son de este mundo y la colocan, por decirlo así, fuera de la humanidad. Al ver en ella un monstruo, la humanidad se desembaraça de ella.

Y sin embargo, en esta tragedia hay mucho que es profundamente humano, y también un simbolismo, tanto más admirable, cuanto que no es frío ni abstracto, sino que está vestido de fuego y empapado de realidad. El personaje de Salomé es sin duda

la antigüedad pagana, ajena a la compasión, inmoral naturalmente, la edad del crimen y de la saña de los sentidos; y el Bautista, es el cristianismo que llega, y que con Jesús se hará dulce y piadoso, hasta perdonar a sus verdugos y redimir a la pecadora. San Juan tiene por retórica la indignación; habla con la voz irritada y sombría de los profetas antiguos, y al anunciar a *Aquel* de quien no es digno de desatar la sandalia, parece avisar de que viene el vengador, el que ha de ejercitar contra los malvados terribles castigos, y barrer de la tierra la iniquidad. Salomé, la joven princesa, abandona la sala del festín, donde la abrumba la repugnancia hacia la glotonería, la intemperancia, la concupiscencia que ve brillar en los ojos de Herodes, hermano de su padre y esposo de su madre. Herodes es el vicio usual, los apetitos vulgares desatados, la materia. Naturaleza fina y refinada, Salomé detesta la brutal orgía, y al aparecerse en la terraza, viene más pálida que nunca; más pálida que el astro de la noche. Un sentimiento de asco la estremece. ¿Por qué la mira tanto el marido de su madre? Entonces es cuando oye la voz del precursor, que, desde su cisterna, fulmina anatemas contra los pecadores, contra Herodías, la incestuosa, contra el escándalo de que un hombre viva con la esposa de su hermano, públicamente, ostentando el delito: y Salomé, impresionada por la voz terrible, quiere ver al profeta, al hombre santo. Cuando le ve, ella que ha escuchado impasible como estatua de pórfido las palabras de amor del bello príncipe, y de tantos galanes, siente algo desconocido, que la abrasa. Es la pureza, la castidad misma del profeta, sus severas condenaciones del pecado, lo que impresiona a Salomé. El profeta, en vez de mirarla, la maldice; la trata de perra, de hija de Babilonia, y el ultraje y la desesperación enloquecen a Salomé. Un deseo surge de su alma profunda y vehementemente: ama al profeta, quiere su cabeza y la tendrá: y mientras, recogida como una tigre joven, errante la mirada, fruncido el ceño, piensa en el modo de obtener la testa «de Yokanaan,» he aquí que el padrastro, el tetrarca (descubriendo la inclinación malvada que la hijastra le inspira, y excitado por las bebidas y la animación del festín), exige que Salomé dance en su presencia. La princesa, que al pronto se ha negado, acepta al fin, pero impone condiciones: a cambio de su danza, el tetrarca la otorgará lo que pida, sea lo que fuere. El tetrarca se compromete: así sea la mitad de su reino, lo tendrá la danzarina. Y uno de los elementos más trágicos de la obra es seguramente esta danza, en que, respaldece la estrecha afinidad de la muerte y el sensual amor. Mientras Salomé agita su cuerpo serpentino con oriental languidez, mientras los siete velos van cayendo arrojados a distancia por la mano desdeñosa y febril de la danzarina; mientras los pebeteros aroman y el tetrarca se estremece de gozo, vemos de antemano la cabeza truncada, sobre un lago de sangre. Aquel baile de tal gracia primitiva, de un carácter tan violento y tan lleno de ascuas de tentación, es el preludio del crimen, como las saturnales romanas lo eran del martirio de los cristianos en el Circo o en el Pretorio. Sin embargo, Herodes protesta, cuando sabe el precio del baile. ¿Qué se dirá en Judea? Yokanaan es un hombre santo; matarle será ofender al Señor gravísimamente. Pero, ante la insistencia de Salomé, el tetrarca tiene que ceder: ¡ha jurado! Y el verdugo baja a la cisterna, y sube con el plato de plata, sobre el cual, a la luz de la luna, la esangüie cabeza aparece, terrífico, hermosa sin embargo. Al oír las frases de delirio que la princesa dirige a aquel despojo, tibio aún del calor vital, es cuando Herodes, el vulgar vicioso, advierte la clase de sentimiento que ha impulsado a su hijastra... y, movido de extraños celos, más que de humanitaria indignación, exclama, dirigiéndose a Herodías: «¡Tu hija es monstruosa!» y ordena que los soldados la aplasten con los escudos...

En esta sublime tragedia, que aun falseando el texto bíblico, o, mejor dicho, interpretándolo con amplia y poética libertad, trata con veneración la figura de San Juan, respetando su sobrenatural aureola, se ha lucido Lidia Borelli bastante, y aun podré decir que ha sido lo único artístico de su repertorio, en lo demás sumamente desdichado. Con un repertorio de altura, Lidia Borelli nos hubiese dejado impresión más franca de sus facultades, que reconozco por muy excepcionales, pero que no ha tenido muchas ocasiones de desplegar. Dijérase que, entre las obras recientemente estrenadas en Francia, escogieran ella y Le Bargy las más flojas y tontas... Y la palma de la flojedad y de la tontería, hasta rayar en inverosímil, la obtuvo, sin duda, la famosa obra (famosa por el ruido que hizo, por causas muy ajenas al arte) titulada *Après moi*, de Bernstein. Mientras asistíamos a su representación, nos estaba pareciendo imposi-

ble que el autor fuese el mismo que escribió *El ladrón* y *La ráfaga*. En estas obras, cualesquiera que sean los reparos que ocurran, hay gran emoción dramática, y verdad, y un estudio terrible de llagas sociales que allí se nos presentan sin velo. En *Après moi*, no hay más que una fábula mal urdida, sin interés, y que a veces raya en bufonesca, aunque la intención del autor haya sido otra; y no hay cosa peor que los sainetes que hacen llorar, como no sea las tragedias que hacen reír. No podemos menos de reírnos, o siquiera de sonreírnos, cuando vemos a un señor que se dispone a saltarse la tapa de los sesos porque sabe que está arruinado, y que determina guardar el revólver en el cajón y vivir, cuando se entera, con sorpresa profunda, de que, además de arruinado, es marido engañado por su esposa. A cualquiera le pasaría lo contrario; pero ahí está el toque de la originalidad; sin género de duda, quiso Bernstein presentarnos un carácter complejo, que sufre estas contradicciones tan humanas, y además tan características de nuestro siglo; aunque yo, leyendo entre líneas la historia, creo ver que existieron siempre, en personajes muy conocidos; pero el *truc* psicológico le salió mal a Bernstein, y en vez de un alma tortuosa y sinuosa, nos presentó un memo, interpretado por Le Bargy con esmero y sin fortuna.

Las obras elegidas por la Borelli, en su mayor parte, fueron o tan insípidas y absurdas como *Après moi*, o verdecillas, sin sal ni pimienta, o sensibleras. No hubo una de la cual pudiésemos decir a voz en cuello que pertenece al teatro de arte, o siquiera al teatro de emoción y de interés sensacional.

Y, necesariamente, la inferioridad de las obras refluó algo sobre la artista. Sólo en repertorio ya conocido y antiguo — ejemplo, *Zazá*, — pudo ostentar sus condiciones. Su belleza, la ostentó en todas, porque la Borelli es joven y guapa, excepto cuando se remanga el pelo y descubre las sienas y la frente, que no tiene bonitas, lo cual la desfavorece y la echa encima años. Y este movimiento familiar lo realiza ocho o diez veces cada noche.

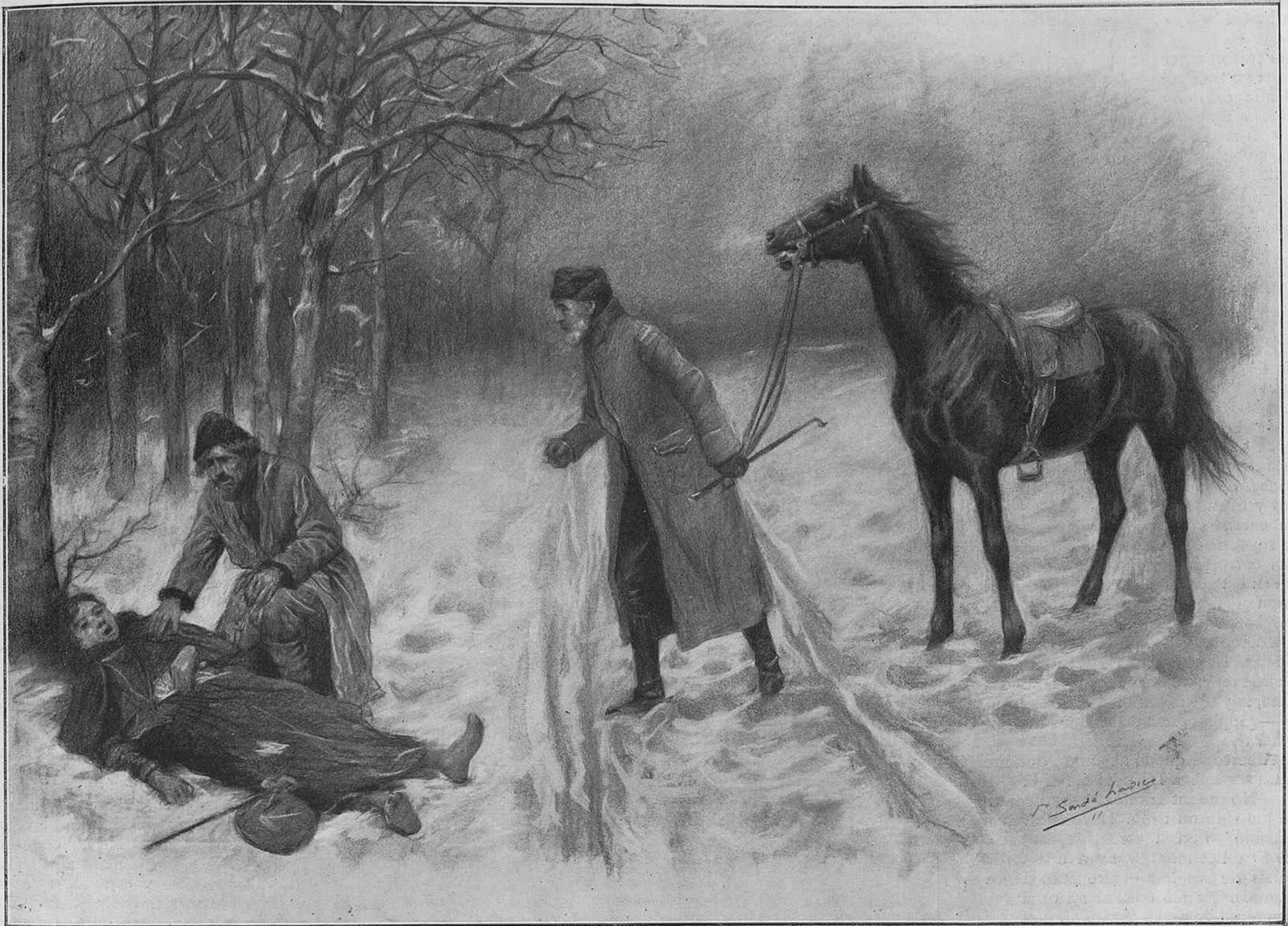
Sabe también la Borelli vestirse con elegancia, y tiene esa línea prolongada y esbelta que exige imperiosamente la moda de hoy, si no han de ser las mujeres una caricatura grotesca. En suma, reúne la Borelli aquellos encantos y cualidades que pueden exigirse a una primera actriz de fama, y creo que todavía no ha llegado a la altura que alcanzará, si continúa trabajando con fe y no le sale al paso un marido rico.

Ya he dicho que tuvimos a otro astro, el renombrado Le Bargy. A mí me gustó muy poco: apenas hay actor francés que me persuada, en el género serio. Porque son afectados y monótonos en la dicción, y tienen una cantidad de defectos y resabios insufribles, empezando por la falta de naturalidad, que es el peor. Trajo además Le Bargy una compañía menos que mediocre, y a la verdad, no nos causó el menor asombro, ni aun con ese *Cyrano*, que según parece es su obra de predilección, su triunfo, y que hace aquí mucho mejor Fernando Díaz de Mendoza.

El *Cyrano* de Le Bargy es un bufón; el de Fernando, un caballero humorista. En este matiz está toda la diferencia; pero es capital. Además, *Cyrano* es una obra de fondo de españolismo marcadísimo, y aun cuando digan con alguna razón los franceses que el énfasis es cosa española, yo la encuentro más francesa aún. *Cyrano*, en castellano, adquiere un brío extraordinariamente atractivo, algo de noble fanfarronada; en francés tiene mucho de su modelo, el *Capitán Fracasa*; lo que aquí diríamos *Comedia de figurón*.

Hubo, por otra parte, en el *Cyrano* de Le Bargy cortes que difícilmente se explican, y que se notan demasiado, aquí donde *Cyrano*, por su carácter nacional más que extranjero, es tan conocido. Ignoro por qué se comieron la mitad de la relación de los cadetes de la Gascuña; ignoro por qué suprimieron el bonitísimo episodio del viejo flautista Beltrán; ignoro por qué convirtieron en noche cerrada el atardecer, en el acto último, resultando la impropiedad chocante de que en un convento de monjas se reciban visitas a obscuras, mientras el reloj da las cinco, hora a la cual, en otoño, el día declina, pero no ha venido todavía la noche. Todo ello pareció mal, y con razón, a los espectadores, y de Le Bargy ha quedado una impresión más bien desagradable, por comparación de lo elevado de los precios con lo flojo del espectáculo. Y por su parte, el actor francés, que vino convencido de nuestra admiración, se retiró algo quejoso, en vista del relativo retraimiento de los concurrentes. Nada: cuando Madrid se empeña en quedarse tan fresco, ni la horchata de chufas...

COMO LA NIEVE, POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Sardá



... me encontré tendida sobre el acirate de la derecha a una pobre mujer que se quejaba sordamente

Hace ya muchos años, estando cierta tarde primaveral en un café de la ciudad toledana, por tantas cosas celebrísima, Alberto Lozano—buen amigo mío—se sentó a mi velador, y mientras sorbíamos una taza de moka falsificado, me refirió con la palabra balbuciente, con los ojos lacrimosos y con la taza suspensa y goteando ante las narices, que acababa de contemplar en la plaza de Zocodover a una muchacha de belleza tan seductora que, aunque él fuera de piedra, hubiérala seguido por encima de las leyes naturales. Así lo hizo y así lo repitió en mi compañía, pues una hora después nos hallábamos en una calle estrecha y tortuosa «de cuyo nombre no quiero acordarme» y contemplábamos con suma insistencia un viejo palacón de piedras carcomidas y pulimentadas por el tiempo.

Había enfrente del palacio una tienda de hojalatero y a éste preguntamos quién era el dueño de aquella tan austera morada.

—Es el señor marqués de Campón; pero si lo quieren ver, tendrán que aguardar a que regrese. No está en Toledo.

—Y ¿qué tal es?., preguntó Alberto.

—Les diré a ustedes... Por un lado..., parece que es malo... Por otro..., parece que es bueno; pero por otro..., no sabe uno a qué carta quedarse... Porque es un señor..., así..., así, ¡vamos!.. Un señor muy especial. El otro día, antes de marcharse fuera, tuve que subir a su casa...

—¡Ah! Pero ¿usted sube a su casa?..

—Sí, señor.

—¿Y usted ve a su hija?..

—¡Hombre! A menos que fuera ciego... Y que la doncella es muy hermosa y muy buena. Parece, con su rostro tan..., así..., un angelón; porque como tiene aquellos cabellos...—¿usted me entiende?— aquellos cabellos tan así y aquella figura tan..., tan...

—Sí... Tan así...

—Justamente, tan así...

Arrastré a mi amigo fuera del tenducho; pero él volvió al día siguiente, entregó al hojalatero una

carta y a las veinticuatro horas recibió una contestación conforme a sus deseos, escrita en muy buena letra inglesa y firmada por Magdalena: que éste era el nombre de la marquesita.

Desde aquel instante Alberto fué para mí un ser casi entelequético. Lo veía solamente muy de tarde en tarde, y cuando la casualidad le hacía acercarse a mí, no me hablaba más que de su novia.

Algún tiempo después tornó al café cierta tarde en un estado calamitoso. Dejó los guantes en una mesa, tiró el sombrero en una silla y los despeinados cabellos se le derrumbaron sobre las sienes. Estaba pálido y giraba los ojos asustadizos unas veces, retadores otras y bizcos todas.

—¿Qué te pasa?, le pregunté.

—Una cosa horrible, chico, horrible, horrible... ¡Ha venido el padre de Magdalena!.. Se opone a nuestras relaciones. Hace tres días que no la veo. La tiene encerrada. Es un tirano.

—¿Pero se puede saber por qué se opone?..

—Porque no tengo cuarteles; porque carezco de sinoples; porque no presento dos o tres calderos en campo de gules...

—¡Bah! Se ablandará... Cada uno es hijo de sus obras.

—¿Qué ha de ablandarse! Tiene la cabeza más dura que los clavos de su puerta. La corona le ha hecho criar callos en ella... y en el alma. Porque esa Magdalena de mi corazón... ¡Se muere!.. Es decir, no, no se muere si tú me ayudas...

—¿En qué?..

—En el rapto. Esta noche Magdalena huirá conmigo y su padre, burlado, no tendrá más remedio que dar su consentimiento.

—Pero, hombre...

—¿Qué! ¿Me ayudas o no?..

—Pero ¿cómo?..

—Con tus consejos, con tu compañía, porque yo estoy loco...

Media noche era por filo cuando nos presentamos en la calleja misteriosa y sombría. Las luces públi-

cas apenas lograban esclarecer un poco la tétrica fachada del caserón.

Nos plantamos frente al palacio, Alberto sacó un silbato, sopló en él y esperamos... ¡Qué emoción!.. En Toledo, a media noche, en una calleja que desgraciadamente no tenía hornacina ni luces temblorosas, esperando a una doncella para raptarla... ¡Vamos! El conjunto resultaba casi propio de leyenda... Mi amigo tornó a silbar... Yo echaba de menos sobre mis hombros una capa de grana con anchos pliegues y sobre mi cabeza un chambergo haldudo con la pluma suelta al viento y sujeta en su cabo con un joyel de brillantes. Casi sentía ya sobre mi pecho el peso del tahalí y en más de una ocasión llevé la mano al costado pensando hallar en él la honda taza y los recios gavilanes de mi espada toledana.

Mi amigo me volvió a la realidad diciéndome:

—¡No veo la señal convenida!

—Acaso Magdalena habrá reflexionado...

—¡Reflexionar!.. El amor no tiene cabeza.

—Entonces esto es más que amor, porque no tiene ni cabeza ni pies.

En este momento torció la esquina el hojalatero y jadeando—lo cual fué un bien, porque no pudo hablar,—entregó a Alberto una carta. Era de Magdalena. Su contenido desgarrador denotaba la fuerza de una pasión volcánica. En ella le decía que su padre, por haber descubierto sus planes o por otra cualquier causa, le había hecho emprender aquella misma tarde un viaje. «Búscame, búscame—decía textualmente la epístola.—Si no me encuentras, la tumba, sí, la tumba sellará nuestro cariño. Y no lo digo por romanticismo, sino porque, llámese como se llame, así lo siente mi corazón...»

Alberto se quedó anonadado. Después lanzóse al portón de la casa y, como loco que estaba, cogiendo los pesados aldabones, empezó a descargar sendos golpes que resonaron lúgubramente en todo el ámbito de la calle.

Lleno de compasión lo acompañé hasta su casa y

al día siguiente lo *facturé*—¡esta es la palabra!,—lo *facturé*, como a un fardo inerte, para Madrid.

Y la vida se tragó en su vorágine inmensa aquellos dos átomos humanos llamados Magdalena y Alberto.

Pasaron muchos años. Una noche de enero caminaba yo tranquila y despaciosamente por la calle de Alcalá, cuando avanzó de pronto sobre mí un señor grueso, muy grueso, que abrió los brazos en cruz y los cruzó sobre mi espalda sofocándome contra su pecho y gritando:

—¡Amigo mío!..

Me escapé como pude de semejante prensa.

—¿No me conoces?, exclamó. Soy Alberto, Alberto Lozano...

—¡Alberto! Pero ¿es posible?

—¡Sí, sí!..

—¡Al cabo de tanto tiempo!..

Como hiciera además de abrazarme otra vez, le detuve poniéndole una mano sobre el pecho y saludándole con la otra muy efusivamente. Enlazados del brazo como dos mozalbetes, nos dirigimos hacia un café próximo. Allí dimos expansión a nuestros corazones. Le referí mi vida en dos minutos y él me habló con extraordinaria vehemencia de todas las vicisitudes de la suya; de sus viajes por Europa; de sus correrías por el mundo entero y de su estancia en las más importantes capitales, donde había desempeñado cargos diplomáticos. Su conversación era como un desfile de pintorescas películas. En un alto de la charla me acordé repentinamente de sus antiguos amores y le pregunté:

—¿Supiste, al fin, algo de Magdalena?..

Alberto se quedó abstraído durante unos segundos. Después me dijo:

—No me interrumpas y te lo contaré todo de un tirón. Hace dos años, estando yo en la embajada española de San Petersburgo, senti una tarde ganas de respirar el aire puro de los campos. Mandé ensillar mi caballo y emprendí un paseo por los alrededores de la ciudad. Era una tarde tristonada del mes de enero. El viento rugía iracundo. Torvas nubes impelidas por él corrían por el espacio y lo entoidaban. Parecían diosas gigantes e irritadas que caminaran empujadas por la embriaguez del furor con las grises cabelleras flotando sobre las recias espaldas. Me alejé bastante de San Petersburgo, que estaba como dormido en medio de la llanura con sus cúpulas casi estumadas y con todos sus resplandores muertos. Al volver un recodo del camino me encontré tendida sobre el acirrate de la derecha a una pobre mujer que se quejaba sordamente. Descabalgué movido por la compasión. La infeliz se encontraba enferma, y entre estertor y estertor contestó a todas mis preguntas con la misma respuesta:

—¡Ay, señor! ¡Me duele todo, todo el cuerpo!..

Con la ayuda de un hercúleo labriego que acertó a pasar por allí la coloqué sobre mi caballo y me dispuse a conducirla adonde pudiera ser atendida.

—¿Habría por aquí un sitio que sirviera de refugio a esta mujer?.., pregunté al campesino.

Porque yo, en medio del campo solitario, hallaba completamente inútiles las monedas que sonaban en mi bolsillo y temía por mi protegida, que seguía quejándose.

El labriego, con su gorro en la mano izquierda y con la derecha hundida entre los rubiazos y fuertes cabellos, se entretenía en contemplar el torvo cielo, como si las nubes fueran a inspirarle la respuesta. Al fin exclamó:

—¡Ah, noble señor! Allí... La condesa es una santa mujer... ¡Allí!..

Sin vacilar guíe el caballo hacia la quinta que el patán me indicaba. Alzábase a corta distancia. Era una tapia robusta sobre la cual se desbordaba la hiedra. Dentro numerosos árboles levantaban sus esqueléticas ramas. Los cónicos cipreses se mantenían arrogante y erguidos y unos cuantos eucaliptos cabeceaban como péndulos invertidos moviendo sus siempre verdes brazos. Tras ellos se alzaba la quinta. Algunos hablan de la *fisonomía de las casas*. Pues bien; esta quinta era como el rostro grave

y gracioso de una doncella que conoce su belleza y la muestra con timidez.

Llegamos a ella. Los criados avisarían a la señora, porque ésta se presentó y, enterada de lo que yo solicitaba, ordenó que la pobre fuera acostada en un lecho blando y caliente y que le dieran alimentos. La enferma seguramente lo estaba de frío y de necesidad. Cumplidos sus mandatos se me acercó y me dijo:

—¿Y de dónde es usted?, le pregunté cuando me repuse.

—De Toledo... ¿Le conoce?..

—Mucho, señora.

—Mi padre era... el marqués de Campón.

Me levanté y, asiéndola por una mano, grité:

—¡Magdalena! ¡Magdalena!..

Ella se alzó de su asiento.

—Caballero, ¿me conoce usted?

Sonreí amargamente y dejándome caer en la silla, murmuré:

—Un poco... ¡Soy Alberto!..

Ella tornó a sentarse. Sus mejillas se colorearon levemente y en sus labios floreció una sonrisa enigmática.

—¡Qué casualidad!, dijo con una voz casi imperceptible.

Durante un rato permanecimos silenciosos. Después, charlando confidencialmente, nos referimos nuestras historias y—¡oh sacrilegio!—casi, casi nos reímos de las locuras de la juventud.

—¿Al fin no te moriste?..

—¿Ni tú tampoco?

—¿Y te casaste con otra mujer?..

—¿Y tú con otro hombre?..

—¡Nos olvidamos!.., concluyó ella con cierto dejo melancólico.

—¿Y cómo pudo ser eso?, añadí yo asombrado, porque en aquel instante vivía con toda la intensidad del recuerdo los días de mi pasión.

Entonces Magdalena me llevó a uno de los balcones y me dijo:

—¡Mira!..

Las nubes se habían unido para formar una cortina gris que se extendía lisa y monótona de oriente a poniente; el viento seguía silbando como un mirlo gigantesco y en sus alas traía y llevaba grandes y espesos copos de nieve. El suelo estaba ya blanco. Entre unos álamos avanzó un labrador o campesino. Cuando pasó frente al balcón ella me hizo notar las profundas huellas que sus zuecos dejaban en la nieve.

—¡Mira!, me repitió. Así fué el amor en nuestras almas.

Siguió el labrador su camino y la nieve, que cada vez caía con más abundancia, iba cerrando pausadamente los negruzcos hoyos.

—Como la nieve, proseguía Magdalena, así es la vida. Arroja sobre las pasiones nuevos amores, nuevas ilusiones, decepciones nuevas y otra vez nuevas esperanzas; y de esta manera, al cabo, al cabo... ¡Fíjate!..

Clavé los ojos en las huellas que ya habían desaparecido.

—¿Ves?.., concluyó. Al cabo tanto nieva, tanto se vive, que sobre nuestras almas, como sobre ese blanco suelo, parece que no ha pasado nada... ¡nada!..

Dejé el te frío sobre la mesilla japonesa de porcelana, abandoné a la marmórea Magdalena y, encorvado sobre mi caballo, regresé a la ciudad al galope por el campo yerto y amortajado de blanco murmurando como ella:

—¡Nada! ¡Nada! ¡Nada!..

He aquí el epílogo de mi pasión...

\* \* \*

Terminó mi amigo la historia de sus amores con Magdalena. Hicimos unos cuantos comentarios baladíes. Luego nos dedicamos al acecho de los viandantes a través de los cristales. Amontonamos, después, sobre aquella pasión extinguida la política, la literatura, la industria, el toreo y las cómicas, y cuando la hubimos enterrado bien, le pusimos por losa una suculenta cena.

—¡Acudamos al Leteo!.., decía Alberto.

Y nos limpiábamos el paladar con un vinillo rubio como la miel...



El recitado (retrato del actor Sr. M. A.), cuadro de Angel García Carrió (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid, 1912.)

—Caballero, Dios es el gran pagador de las buenas obras.

—Con todo, señora, sin la caridad de usted, la mía hubiera sido perfectamente inútil.

—¡Que el cielo nos lo pague!..

Antes de emprender mi regreso a la ciudad quiso que tomara el te en su compañía. Nos sentamos delante de una mesita que era una maravilla de arte japonés. La noble dama tenía el cabello blanco y el rostro también blanco, muy blanco, de una casi milagrosa palidez. Vestía de negro, y cuando sus manos iban y venían sobre la tela sedosa, traían a mi memoria las immaculadas palomas que viera en mi niñez en los ejidos de mi pueblo paseando sobre la escoria de las herrerías. ¡Tan finas, tan blancas, tan ideales eran!.. Hablábamos en francés. La luz entraba por dos balcones con una tenuidad llena de ensañación y calma. De vez en cuando unas pobres acacias agitadas por el vendaval tañían con sus ramas contra los cristales. De pronto la condesa me preguntó:

—¿Usted no es de la tierra de San Luis?..

—No, señora. Soy español...

—¿Español? ¡Qué hermosa tierra es España!..

—¿La conoce usted?

—Un poco.

Y cambiando de idioma, añadió en correctísimo castellano:

—¡Soy española!..

Experimenté una emoción muy intensa, emoción que tú no comprenderás, porque nunca estuviste lejos de la patria. El idioma nativo es siempre más dulce que las melodías angélicas. ¿Te encoges de hombros?.. Tienes razón. Aquí en Madrid y en me-



TIPOS HOLANDESES, fotografía artística de L. Martín Olivares



PAISAJE DEL RÓDANO, fotografía artística de L. Martín Olivares

## MELILLA.—EL COMBATE DEL 15 —MUERTE DE EL MIZZIÁN



El cabo Gonzalo Zanca y el sargento Kaíd Hazam Ben Hamed, de las fuerzas indígenas, que dieron muerte a El Mizzián. (De fotografía de Rectoret.)

La operación realizada el día 15 por nuestras tropas ha sido de excepcional importancia, no sólo porque a consecuencia de ella se ocuparon dos nuevas posiciones estratégicas entre Taxdirt y El Harcha que cierran el paso del enemigo a nuestra línea, sino, además, porque durante la misma fué muerto el prestigioso jefe de la jarca, El Mizzián.

El general Aldave dirigió personalmente la operación, que comenzó al amanecer y en la que tomaron parte las columnas de los generales Navarro, López Herrero y Moltó y las de los coroneles Figueras, Sánchez Espinosa y Villalba. El general Navarro desalojó al enemigo de las alturas de Tauriad Hamed y Ulad Ganén, y apoyado luego por las fuerzas de los generales López Herrero y Moltó, ocupó la posición de Alalu Kadur.

En los primeros momentos del combate, un grupo de policía indígena vió destacarse de las fuerzas enemigas a un jinete que avanzando hacia él le arengó y le invitó a unirse a la jarca. Los de la policía contestaron con una descarga y el jinete cayó muerto: era El Mizzián.

Desde aquel momento, la resistencia del enemigo fué más débil, y a las ocho y media de la mañana la columna del general Navarro ocupaba, como hemos dicho, las posiciones que habían constituido el objetivo de la operación.

Inmediatamente comenzaron las obras de fortificación y cuando éstas estaban ya muy avanzadas ordenóse la retirada de la columna Moltó, que era la que ocupaba la posición más peligrosa. Grandes grupos de moros intentaron entonces pasar el Kert, creyendo que el repliegue iba a ser general; pero fueron contenidos por las fuerzas de López Herrero

y el movimiento pudo efectuarse con facilidad, quedando terminado a las cuatro de la tarde.

Fué aquella una jornada gloriosa y un gran triunfo, habiéndose hecho al enemigo numerosas bajas, entre ellas más de 30 muertos que aquél dejó abandonados en el campo de batalla. Las nuestras fueron dos oficiales muertos, un jefe y cinco oficiales heridos; diez y siete soldados muertos, treinta y nueve heridos y diez y nueve contusos.

La noticia de la muerte de El Mizzián fué acogida, en un principio, con cierta incredulidad; pero ante la insistencia de los que la habían comunicado, ordenóse a cuatro policías de Segangán, que conocían al jefe, fuesen a reconocer y recoger el cadáver, que había quedado en el barranco de Bu Gardam.

Poco después los policías regresaron conduciendo el cadáver en una camilla, que dejaron delante de los generales Aldave y Jordana, y levantado el lienzo que cubría aquél, todos los moros allí presentes, y entre los cuales había dos parientes de El Mizzián, confirmaron que era él.

El famoso santón vestía una chilaba parda, estaba descalzo y llevaba al cuello un cordón morado de seda, del cual pendía su sello de plata, unos rosarios con cuatro amuletos, una carte-



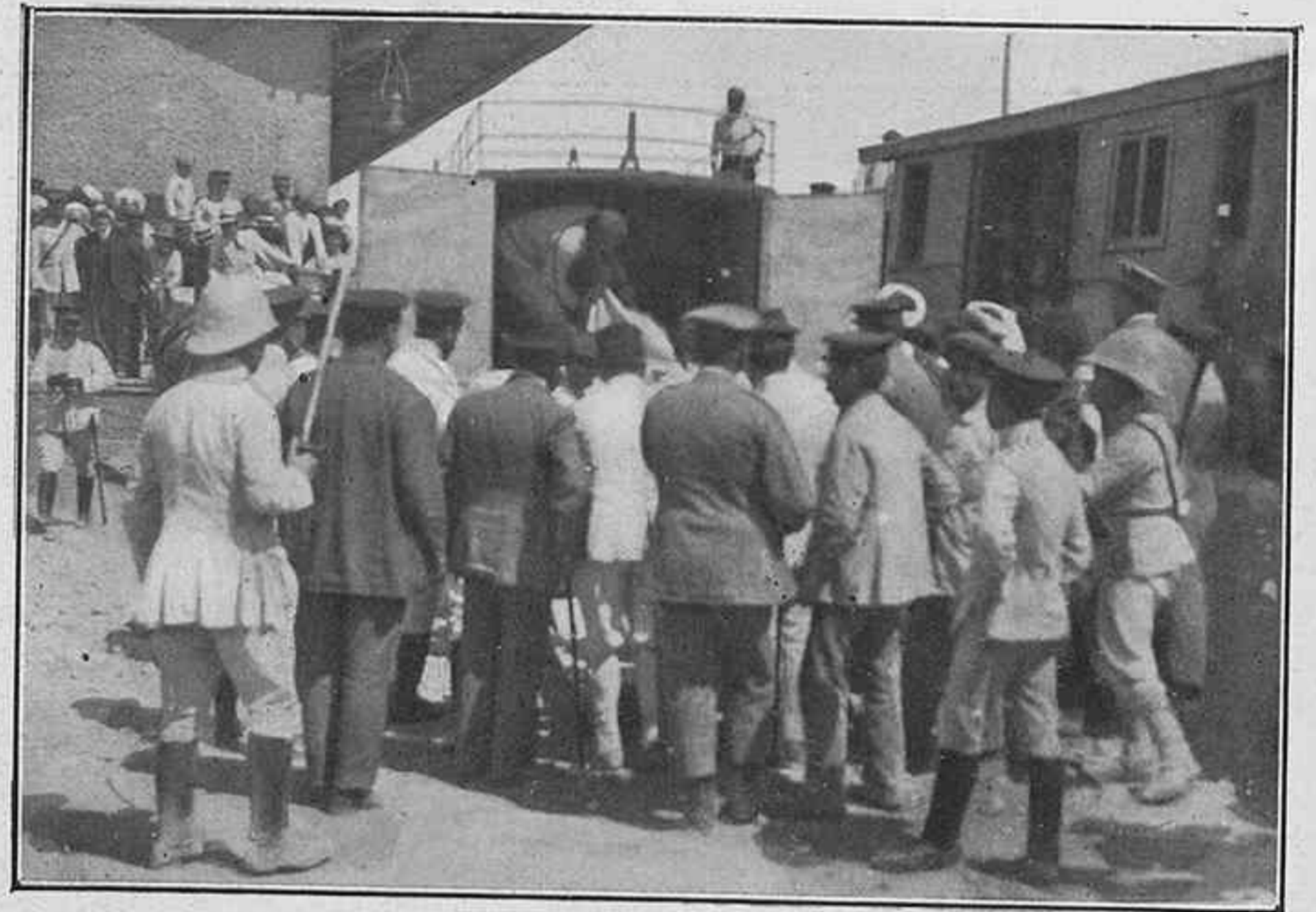
Mohamed El Mizzián, el prestigioso jefe de la jarca rifeña, muerto en el combate del día 15 del actual.

rita con un ejemplar del Corán y un sello en cuya parte superior se leía «Mohamed El Mizzián,» y se veían los atributos de su dignidad de jefe.

El cadáver de El Mizzián fué conducido a Melilla y expuesto en el Hospital; en donde lo reconocieron un sobrino suyo, el delegado del sultán, El Bachir, y numerosos indígenas.

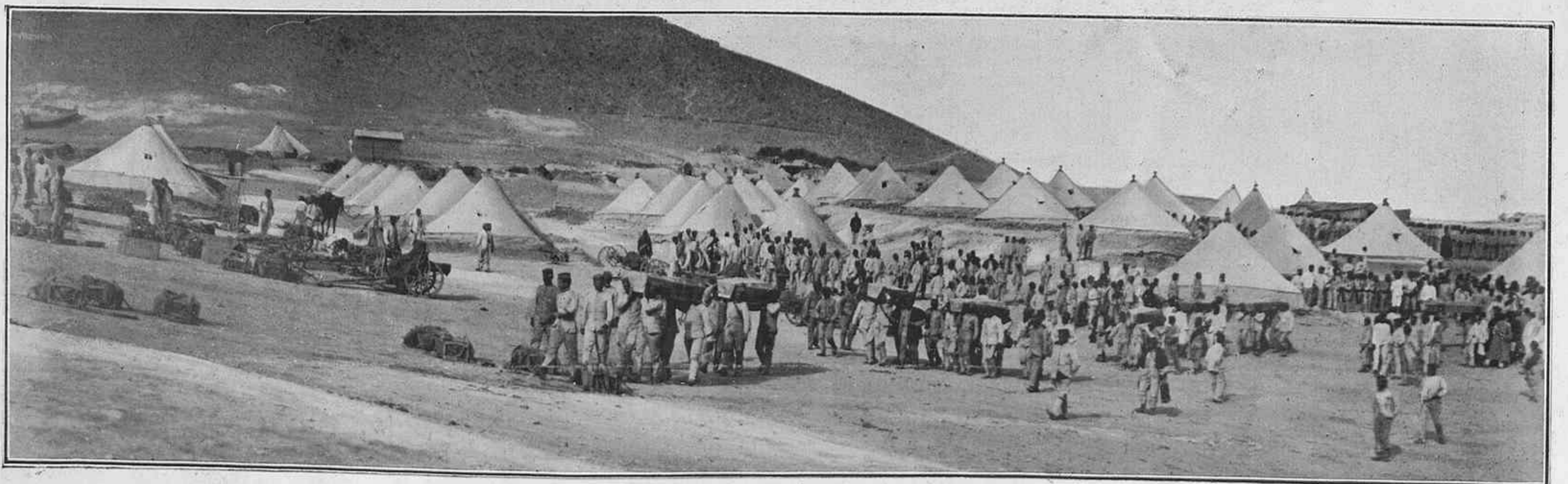
Al día siguiente fué entregado a los individuos de la familia y trasladado en un furgón desde el Hospital al ferrocarril minero, desde don le se le transportó a Segangán para ser enterrado en un morabito que guarda los restos de sus padres y de algunos de sus deudos.

La muerte de El Mizzián es una gran pérdida para la jarca, pues con él desaparece el enemigo más irre-



Melilla.—El cadáver de El Mizzián al ser bajado del furgón militar para ser trasladado al tren que había de conducirlo a Segangán. (De fotografía de Welhin y C.ª)

conciliable de España y el jefe que actualmente gozaba de más prestigio entre los rebeldes rifeños.—R.



Yadumen.—El general Navarro y su Estado Mayor dirigiéndose al cementerio para dar sepultura a los cadáveres de los soldados muertos en el combate del día 15. (De fotografía de Rectoret.)

LA MUERTE DE D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

El sabio eminentísimo, gloria no sólo de España, sino también de la humanidad entera, ha fallecido. Basta pronunciar el nombre de Menéndez y Pelayo para que espontáneamente acudan a los labios de todos los más entusiásticos y excepcionales elogios; basta consignar el hecho de su muerte para que todos los corazones sientan el dolor más intenso.

No incurriremos, pues, en la vulgaridad de acumular alabanzas sobre esta personalidad única en la historia intelectual española: su fama, extendida por todo el mundo, está muy por encima de cuanto pudiéramos decir, y el duelo que su fallecimiento ha producido ha sido tan grande, tan universal, que la palabra y la pluma resultan impotentes para dar de él siquiera una idea.

Nació Menéndez y Pelayo en Santander en 1856 y en aquel Instituto hizo sus primeros estudios, que luego continuó en la Universidad de Barcelona, en donde fué discípulo predilecto de los sabios catedráticos Llorens, Milá y Fontanals y Rubió y Ors, y concluyó en Madrid, doctorándose allí en la facultad de Filosofía y Letras.

La Diputación y el Ayuntamiento de Santander, en 1875, y el ministerio de Fomento, en 1877, le concedieron pensiones que él utilizó para hacer largos estudios en los archivos y bibliotecas de España, Portugal, Francia, Bélgica, Italia y otras naciones, logrando recoger datos interesantísimos para nuestra historia literaria y descubriendo muchas obras que se creían perdidas.

Al quedar vacante, por fallecimiento de Amador de los Ríos, la cátedra de Historia crítica de la Literatura española en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, dictóse una ley especial rebajando a veintidós años la edad de veintitrés que se exigía para desempeñar el cargo de catedrático; gracias a ello, Menéndez y Pelayo pudo tomar parte en aquellas oposiciones, y después de unos ejercicios memorables en nuestros fastos universitarios, ganó aquella cátedra, que al mismo tiempo que él pretendían hombres tan eminentes como D. Antonio Sánchez Moguel y D. José Canalejas y Méndez.

A partir de aquel momento, la biografía de Menéndez y Pelayo está en las obras que escribió y en las honrosas distinciones de que fué objeto. Dotado de una inteligencia excepcionalmente privilegiada, de una actividad prodigiosa, de una fecundidad espiritual sin ejemplo y de una sed insaciable de nuevos conocimientos, su vida fué la del verdadero sabio y se consumió en el estudio y en el

trabajo, que al fin aniquilaron sus fuerzas, aunque no pudieron domeñar su voluntad de hierro.

Todas las doctas corporaciones lo llamaron a su

mo senador en la alta Cámara; académico de la de Bellas Artes de San Fernando; académico de la de Ciencias Morales y Políticas; director de la Biblioteca Nacional; jefe del Cuerpo de Archiveros y como tal vicepresidente de la Junta facultativa de Archivos, Bibliotecas y Museos; inspector de publicaciones de la Real Academia Española; y presidente de la Diputación permanente en Madrid de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

No poseía más condecoración que la gran cruz de Alfonso XII que le fué otorgada en la primera promoción que de la misma se hizo en 6 de junio de 1902.

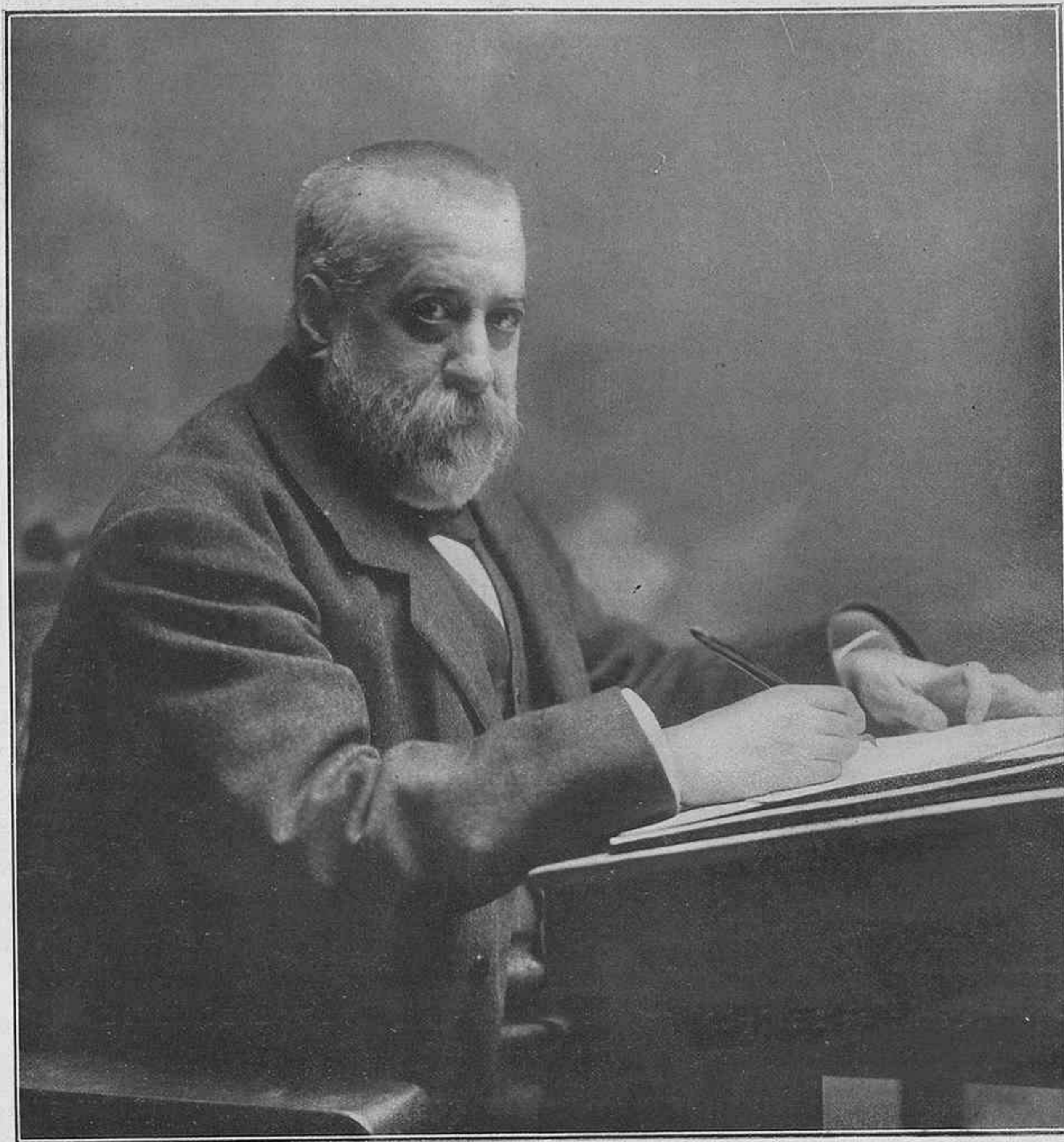
La enorme labor realizada por el insigne polígrafo es realmente asombrosa y parece increíble que en la vida, relativamente breve, de Menéndez y Pelayo haya habido tiempo para una suma de estudios, investigaciones y trabajos tan grande que una parte de ella bastaría para hacer famosos a varios escritores ilustres.

Para que se comprenda la extensión y la excepcional valía de esta labor será suficiente enumerar los volúmenes de que se compondrá la edición completa de sus obras que está editando la casa Victoriano Suárez, de Madrid, y de la cual van publicados los dos primeros: I, *Historia de los heterodoxos españoles*; II, *Historia de la Poesía castellana en la Edad Media*; III, *Tratado de los romances viejos*; IV, *Juan Boscán*; V, *Historia de la Poesía hispano-americana desde sus orígenes hasta 1892*; VI, *Orígenes de la novela española y estudio de los novelistas anteriores de Cervantes*; VII, *Estudios y discursos de crítica literaria*; VIII, *Ensayos de crítica filosófica*; IX, *La ciencia española*; X, *Historia de las ideas estéticas en España hasta fines del siglo XVIII*; XI, *Historia de las ideas estéticas en Europa hasta fines del siglo XIX*; XII, *Historia del romanticismo francés*; XIII, *Poesías completas y traducciones de obras poéticas*; XIV, *Traducción de algunas obras de Cicerón*; XV, *Calderón y su teatro*; XVI, *Bibliografía hispanolatina clásica*; XVII, *Opúsculos de erudición y bibliografía*; XVIII, *Horacio en España*; y XIX, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*.

Ningún sabio ha sido menos discutido que Menéndez y Pelayo; pocos han logrado un respeto y una admiración tan universales, tan sin límites.

De nadie como de él puede decirse que su muerte constituye un duelo nacional. España está verdaderamente de luto y a

éste se ha asociado la intelectualidad de todo el mundo. ¡Descanse en paz!—P.



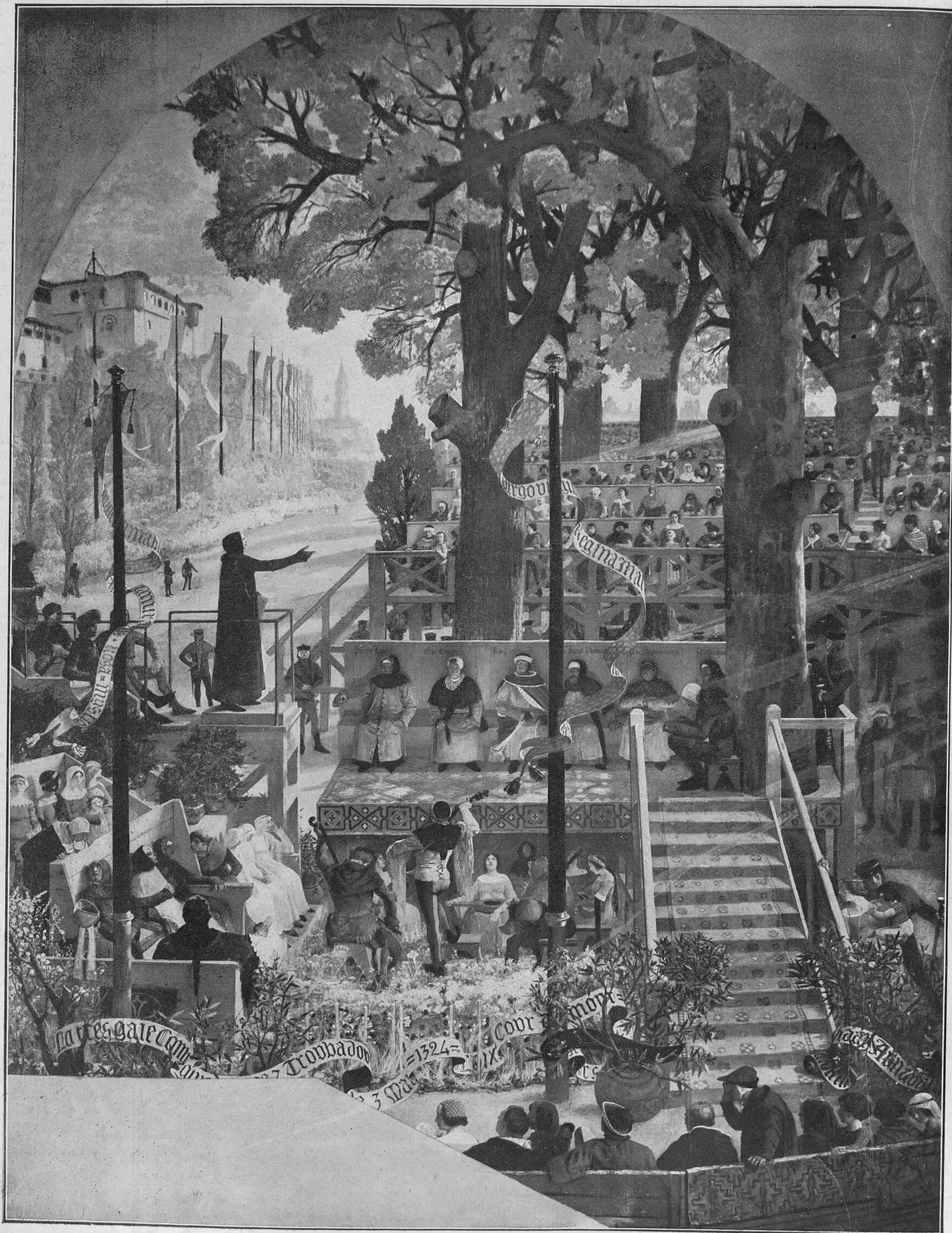
El eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, fallecido en Santander el día 19 de los corrientes. (De fotografía de Kaulak.)



Despacho del Sr. Menéndez y Pelayo en la Biblioteca Nacional. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

Real Academia de la Historia; académico de la Real Academia Española, a la que representaba co-

do. ¡Descanse en paz!—P.



LA FUNDACIÓN DE LOS JUEGOS FLORALES EN TOLOSA EN 3 DE MAYO DE 1324, cuadro de Juan Pablo Laurens destinado al Capitolio de Tolosa. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística de París.)





París.—Salón de la Sociedad de los Artistas Franceses. 1912.—LA VÍCTIMA DE LA FIESTA, cuadro de Ignacio Zuloaga. (De fotografía de Vizzabona.)



Madrid Inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes — S. M. el rey visitando las salas de la sección de Pintura.

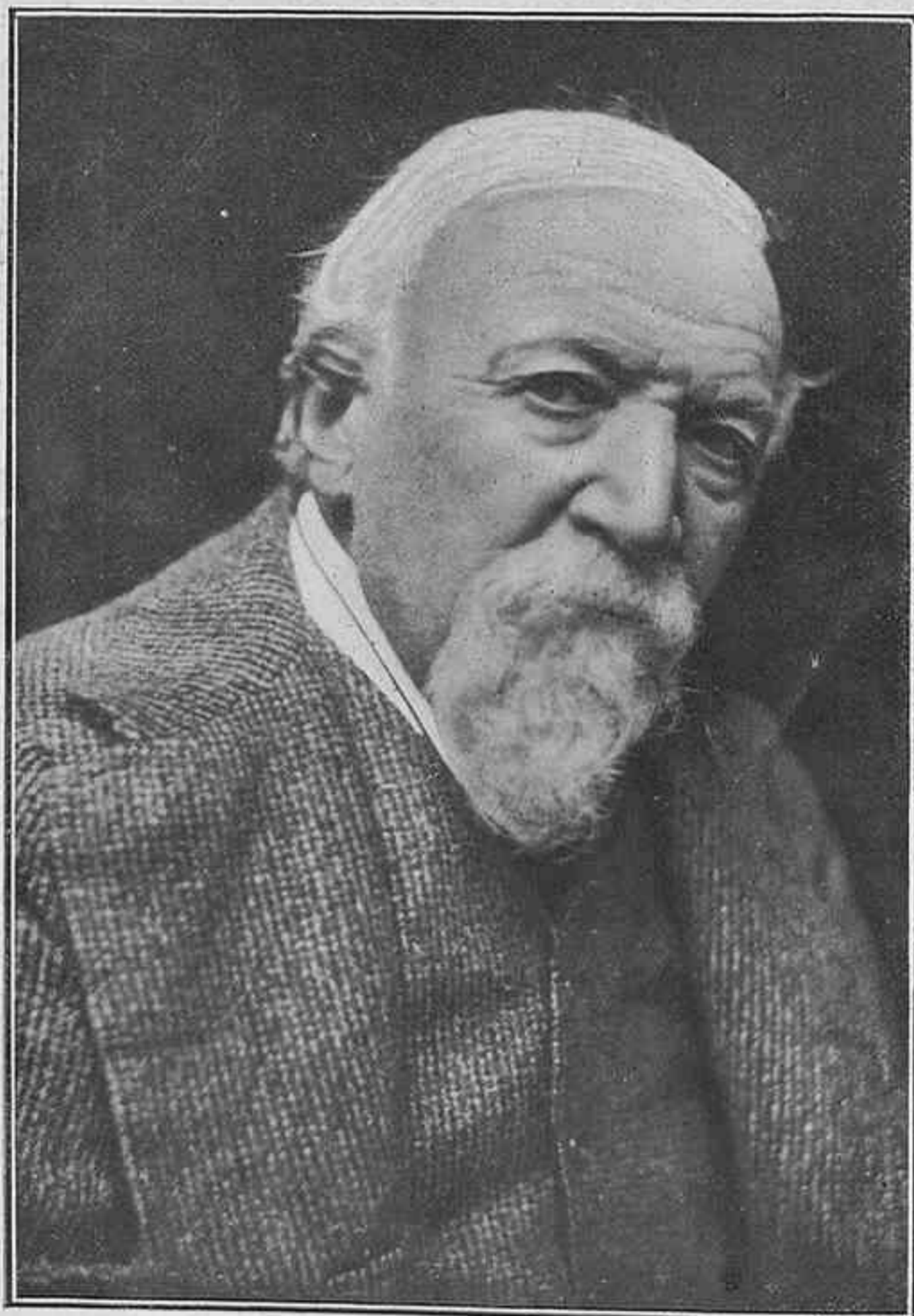
MADRID. — INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES.

El día 18 de este mes inauguró solemnemente la Exposición Nacional de Bellas Artes, habiendo presidido el acto S. M. los reyes D. Alfonso XIII y Doña Victoria.

En el Palacio de Cristal, en donde está instalada la sección de Escultura, esperaban a los reyes las autoridades, el comisario regio Sr. Saint-Aubin, los jurados y otras personalidades. Un zaganete de alabarderos daba guardia a la entrada, y en el lado izquierdo del palacio rendían los honores debidos un escuadrón de la Guardia Civil montada y una compañía del batallón de Cazadores de Llerena con bandera y música.

A las cuatro en punto llegaron los reyes, la reina Doña María Cristina, los infantes D. Fernando, D. Carlos y don Alfonso y el príncipe Raniero de Borbón, acompañados de los personajes palatinos.

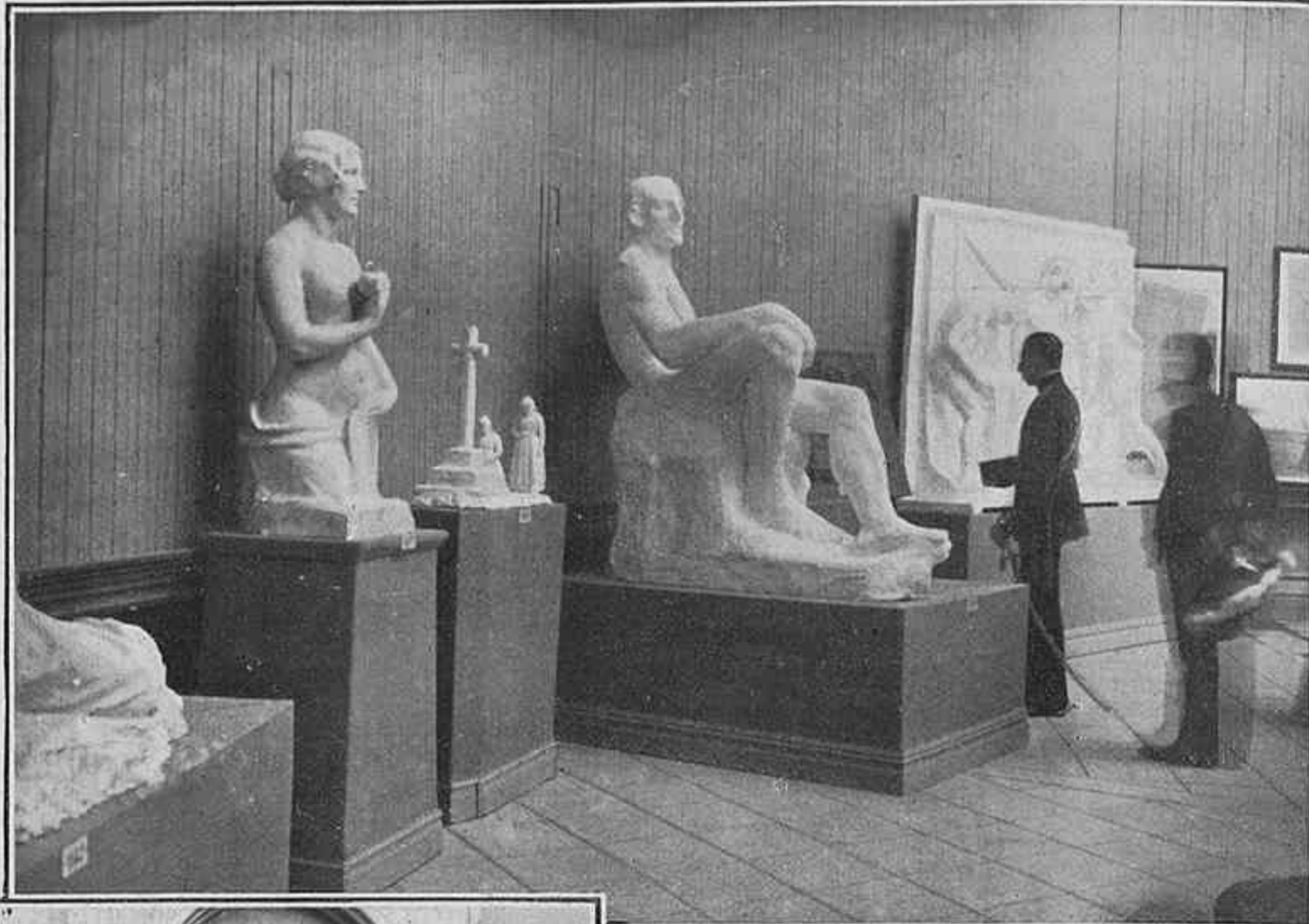
Las personas de la Real familia, que fueron recibidas por los ministros de Instrucción Pública y de Estado, por los gobernadores civil y militar, alcalde, presidente de la Diputación y demás elementos oficiales, se trasladaron al interior



El ilustre poeta inglés Enrique Brówning, el centenario de cuyo nacimiento se ha celebrado con solemnes fiestas en Londres. (De fotografía.)

del palacio, ocupando sus respectivos puestos en el estrado, que se hallaba adornado con ricos tapices y magníficas plantas.

El ministro de Instrucción Pública, después de un breve discurso saludando al rey y afirmando que el actual certamen es un paso notable en el progreso del arte español, declaró solemnemente inaugurada, en nombre de S. M. el rey, la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912.



S. M. el rey en la sección de Escultura contemplando las obras de los hermanos Oslé. (De fotografías de Asenjo y Salazar.)

AUGUSTO STRINDBERG

El celebrado escritor sueco que falleció el día 14 del presente mes en Estocolmo, había nacido en aquella capital en 1849. Después de una niñez rodeada de privaciones y de fatigas, comenzó, muy joven aún, el cultivo de la literatura, y durante su estancia en Upsala como estudiante compuso sus primeros dramas: *El libre pensador*, *Hermione* y *Roma* que se representaron en Estocolmo con éxito regular.

Agotados sus recursos, abandonó Upsala y para ganarse el sustento hubo de ser ayudante de una escuela, figurante de teatro, periodista y empleado en la Biblioteca real en donde estudió las literaturas del Extremo Oriente y compuso su obra *Relaciones de Suecia con China y los países tártaros*.

La publicación de la novela *La cámara roja* le conquistó de pronto gran notoriedad. Aquella obra dura, satírica, de un realismo extraordinario, produjo gran escándalo; poco a poco, empero, el público se acostumbró a su estilo y se aficionó a las obras en que narraba la existencia triste y dolorosa de las gentes humildes. En el teatro alcanzó grandes éxitos con *El padre*, *Los acreedores*, *Los camaradas* y *La señorita Julia*. Dotado de inagotable fecundidad, publicó numerosas obras de todos géneros: dramas, cuentos, novelas, estudios científicos, poemas, historia, alquimia, magia, etcétera. Sus principales producciones, además de las indicadas, han sido: *Estudio de historia de la civilización escandinava*,



S. M. la reina Doña Victoria y S. A. la infanta Doña Isabel y Doña Beatriz visitando las salas de la sección de Pintura.

Los reyes y los infantes, acompañados de los ministros y jurados, recorrieron luego detenidamente toda la sala, fijándose especialmente en las más notables instalaciones, entre ellas la de los escultores barceloneses hermanos Oslé.

Desde el Palacio de Cristal se trasladaron Sus Majestades y Altezas en carruajes al Palacio de Filipinas, en donde está instalada la sección de Pintura. Allí visitaron las nueve salas que constituyen esta sección, admirando las principales obras expuestas y teniendo frases de elogio para los artistas.

El Rey manifestó que, a su juicio, era ésta una de las exposiciones más interesantes que había inaugurado y que indudablemente se nota en ella un notable progreso en relación con certámenes anteriores.

Terminada la visita, las Reales personas abandonaron la exposición siendo despedidas con los mismos honores que se les había tributado a su llegada.

Del cuerpo diplomático, que había sido especialmente invitado, asistieron a la ceremonia los embajadores de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia y Austria-Hungría, el auditor de la Nunciatura, en representación del pronuncio de Su Santidad monseñor Vico, casi todos los ministros plenipotenciarios y muchos secretarios y agregados.

ROBERTO BRÓWNING

El ilustre poeta cuyo centenario acaba de celebrarse en Inglaterra, nació en Cumberwell en 7 de mayo de 1812, y desde sus primeros años mostró aptitudes excepcionales para la poesía que fueron desarrollándose con la educación exquisita que pudieron proporcionarle la riqueza y la elevada posición de su familia.

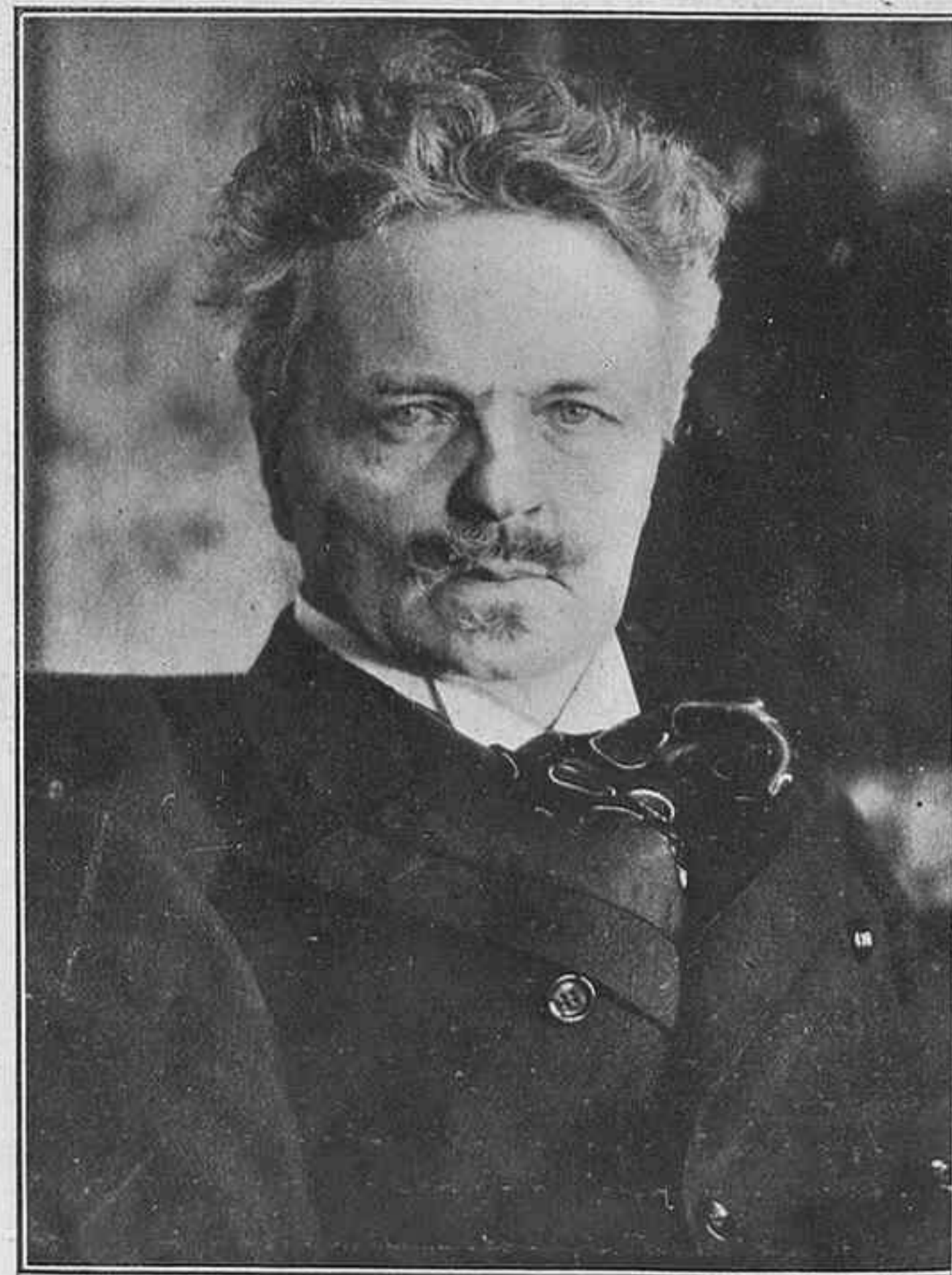
Cuando tenía doce años, su padre hizo imprimir sus primeros poemas con el título de *Incondita*. A los veintidós años recorrió el imperio ruso y la Italia y a su vuelta de estos viajes publicó su epopeya dramática *Paracelso* y otros poemas que se insertaron en la revista *Monthly Repository*.

Su primera obra dramática fue *Stráfford* que se representó en 1837 en Covent Garden y que, a pesar de sus bellezas, sólo tuvo un éxito mediano. Poco después escribió su drama *Paulina*, pero luego abandonó el teatro para dedicarse enteramente a la poesía.

En 1846 publicó una colección admirable de poesías líricas y dramáticas, con el título de *Campanillas y Granadas* que produjo sensación inmensa y en 1850 los bellísimos poemas religiosos *Navidad* y *Día de Pascua*. Es imposible citar todas las demás obras que escribió en el resto de su vida; mencionaremos, pues, como más notables, *Hombres y mujeres*, *El anillo* y el libro, *Aventuras de Balaustion*, *Fifina en la feria*, *Gazón y Tours*, *La Saiziaz*, *Los dos poetas de la cruz* e *Idilios dramáticos*.

Brówning, que pasó los últimos años de su vida en Italia, falleció en Venecia en 12 de diciembre de 1889.

La poesía de Brówning está llena de elevación; sus concepciones tienen una grandiosidad indiscutible y se refieren a todas las aspiraciones de la humanidad en todas las épocas. En su obra hay tal variedad de creaciones que algunos críticos ingleses no han vacilado en colocarlo al nivel de Shakespeare y de Milton.



El celebrado escritor sueco Augusto Strindberg, fallecido en Estocolmo el día 14 de los corrientes. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

*El pueblo dinamarqués*, *Damasco*, *Gustavo Adolfo*, *El nuevo reinado*, *La mujer del señor Beugt*, *El viaje de Lycko Per*, *Jardín de plantas*, *Antibarbarus*, *Poemas*, *Casados*, *Solo*, *Le yendas*, *El hijo de la criada*, *Infierno*, *La confesión de un loco*, *Las gentes de Hemsoe y Tschandalas*.

## MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— El asunto va siendo interesante, ¿verdad?

—¿Y con qué objeto?, preguntó Francina con acento áspero de cólera y de odio.

—Se lo explicaré a usted y usted verá que no le conviene estorbar mi operación, sino, por el contrario, ayudarme en ella.

—Lo veo difícil.

—Allá veremos. ¿Le ama usted?

—Sí, le amo, exclamó en tono de reto como para demostrar a aquel hombre el poco caso que hacía de su revelación.

¿Falsario su Ludovico? Lo mismo le daba, estando como estaba locamente enamorada de él.

—Sí, le quiero, repitió, y él me quiere a mí; y si usted le tiene cogido yo también le tengo y más fuertemente que usted.

—Pero es el caso que no tiene un céntimo y que usted, con la vida que lleva, pronto se encontrará en la calle; y el amor difícilmente resiste esas situaciones... En cambio, añadió variando de tono y mirando fijamente a Francina, yo me propongo hacer rico a ese muchacho.

Ahora fué Francina la que miró estupefacta a Delorme.

—Sí, continuó diciendo éste; soy un bienhechor a mi manera... ¿Qué diría usted si yo pusiera en el bolsillo de Ludovico un millonaje, por ejemplo?

—¡Un millón!

—El asunto va siendo interesante, ¿verdad?

—¡Un millón..., que sería suyo!

—Y de usted también puesto que le tiene cogido tan fuertemente. Hace bastante tiempo, añadió ba-

jando la voz, que es usted la cajera; justo sería que ahora fuese él, a su vez, el banquero.

Francina, estimulada más de lo que ella misma hubiera creído por aquella perspectiva que le presentaba a Ludovico rico y por consiguiente bajo un aspecto nuevo y para un alma como la suya casi antagónico con el cariño, respondió en un tono muy distinto del que hasta entonces había usado.

—Natural sería que hiciese por mí lo que yo he hecho por él.

—Y no te pesaría recuperar lo gastado.

—¡Qué había de pesarme!, respondió Francina sin mostrar la menor extrañeza por aquel repentino tuteo.

—En este caso y puesto que eres una muchacha juiciosa, no te recomiendo sino que escuches lo que voy a decir a tu amigo cuando venga, porque vendrá y no es cierto?

—Ya debía estar aquí.

—No es extraño que se haya retrasado; necesitaba descansar de las emociones de esta noche pasada... ¿Es aquel tu cuarto?

—Sí.

—Pues di a ese especie de gendarme con faldas que me ha abierto, que cuando llame Ludovico lo haga entrar aquí. Tú te meterás en tu cuarto dejando la puerta entreabierta y no te recomiendo que escuches, porque supongo que ya lo harás sin necesidad de mi recomendación. Así me ahorrarás el tener que repetir unas explicaciones de las cuales te aconsejo que te aproveches... Y pronto comprenderás que todo lo que vamos a hacer es también en

interés tuyo. Anda, añadió sonriéndose; avisa a tu criada y te prometo que no perderás el tiempo.

Y bien arrellanado en su butaca, esperó.

## V.— EN LAS GARRAS DEL LOBO

Al poco rato sonó el timbre de la puerta y un instante después entraba en la sala Ludovico, no sin preguntar a María:

—¿Por qué me haces pasar por aquí?

Cuando, al advertir la presencia de Victorino que, sin levantarse, se limitó a volver la cabeza, le saludó y al ver quién era dijo:

—Si no me equivoco...

—No, no se equivoca usted, caballero.

—¿Usted?.., preguntó Ludovico no recordando el nombre de aquel charlatán que tanto le había hablado del comandante de Queyrel.

—El vizconde de l'Orme.

—Un amigo de mi padre...

—Y podría yo añadir que en calidad de tal, anoche, cuando usted salió del casino, arreglé amistosamente el asunto de usted con Madeleur.

—Mi asunto..., replicó Ludovico palideciendo.

—Sí, aquellos pagarés... Se los desconté a aquel sujeto que, según parece, necesitaba con urgencia el dinero.

—A su vencimiento serán puntualmente pagados, respondió Ludovico algo más tranquilo.

—No se preocupe usted. Yo arreglaré este negocio con el comandante.

—Pero caballero, exclamó Queyrel con voz alterada, no es a mi padre sino a mí, al librador, a quien debe usted presentarlos en primer término.

—Deje usted, deje usted; los jóvenes no pueden saber nunca el dinero que tendrán en el bolsillo al día siguiente... Repítale que arreglaré el asunto con el comandante y que usted no debe preocuparse.

¡Que no debía preocuparse! Pues sí, por el contrario, aquella estúpida aventura tomaba un aspecto alarmante.

—Nada de esto, caballero, dijo con toda la energía que el miedo le daba; aseguro a usted que he tomado mis precauciones para estar en situación de pagar, y tengo grandísimo interés...

—¿En qué?

—En pagar yo mismo.

—Pues yo, replicó Delorme en tono seco y agresivo, tengo grandísimo interés en presentar esos pagarés...

—No tiene usted derecho a ello... Soy yo, yo, en primer lugar.

—¿Pero a quién se figura usted que quiero presentarlos?

—Usted mismo acaba de decirlo.

—¿A su padre? No, he mudado de parecer; ahora pienso presentarlos a otra persona...

—¿A otra persona, balbuceó Ludovico.

—Sí; lo que en un principio era en mí una duda, se convierte cada vez más en convencimiento. Sólo con verle a usted, amigo mío, porque he de advertirle que no sabe usted dominarse lo bastante, sólo con verle a usted, me voy persuadiendo de la tontería que he cometido.

Y recalcando bien sus palabras añadió:

—Parecíame, en efecto, que esa firma «comandante de Queyrel» no se asemejaba a la de su padre.

—¡Caballero!, exclamó Ludovico desatinado.

Pero Victorino sin hacer caso de aquella exclamación, continuó diciendo:

—Con su actitud me confirma usted que no se asemeja poco ni mucho y que yo he sido, al mismo tiempo que Madeleur, víctima de una estafa...

—¡Caballero!

—... cometida por medio de una falsificación...

—¡Caballero! ¡Piense usted bien lo que dice!

—... y esto sólo concierne ya al procurador de la República.

Dicho lo cual levantóse bruscamente y dominando a Ludovico con su elevada estatura añadió:

—¿Sabe usted, joven, que es usted un grandísimo pillete?

Loco de espanto, Ludovico no tenía alientos para hablar. De sus labios temblorosos no salía un grito ni una palabra; ni un suspiro se escapaba de aquella garganta que parecía oprimida con una cuerda.

—Sí, un grandísimo pillo, repitió Delorme acercándose a Queyrel hasta tocarle. Empieza usted robando y luego para substraerse a las consecuencias del robo, fabrica usted firmas falsas en documentos de comercio. Pero hay un artículo 147 del Código penal que castiga esas habilidades con trabajos forzados.

Ludovico había caído de rodillas.

—¡Caballero!, exclamó. Juro a usted que esos pagarés serán satisfechos a su vencimiento; le juro que no perderá usted nada, absolutamente nada... ¡Por piedad!.. No la pido para mí sino para mi pobre padre que nada sospecha y a quien esta desgracia ocasionaría la muerte.

Y el desdichado, porque era un desdichado realmente aquel ser que de tal modo se humillaba, con las manos cruzadas y con una especie de terror loco en los ojos, se echó a llorar sollozando desesperadamente.

—¡Débil como una mujerzuela!, murmuró Delorme. Estoy seguro de que si continúa así un poco más se desmaya.

Y añadió bruscamente:

—Levántese usted, imbécil, y en vez de llorar como una mujer, procure usted escucharme..., como un hombre. Y ahora siéntese ahí y óigame atentamente.

Ludovico obedeció.

—De cinco a diez años de presidio es la tarifa, siguió diciendo Delorme; y en el caso de usted, dado que el motivo de la falsificación fué el de substraerse al castigo de un primer delito, casi podemos suponer que se le aplicaría el máximo, o poco menos.

—¡Oh, me mataría!

—No, joven, usted no es de la madera de los que se matan. Su padre se matará, acaso, pero usted irá a cumplir sus diez añitos si yo presento los papeles al procurador de la República.

Ludovico le miró azorado... Había en aquellas palabras cierta vacilación que para él era un vislumbre de esperanza.

—De usted depende, prosiguió Victorino, que los presente o no.

—¡Oh, caballero! Haré lo que usted quiera.

—¡Eh, no tan de prisa! Primero acabemos de puntualizar la situación. Supongo que sabe usted el tiempo que tengo para decidirme a dar un paseito al Palacio de Justicia; tengo diez años, de modo que dentro de nueve años y once meses, se encontraría usted en el mismo caso que ahora.

—Mucho antes habré pagado...

—¿Y retirado esos funestos pagarés? Pero para ello existe un inconveniente y es que prefiero guardar esos cinco pagarés que llevan la firma de su padre de usted..., a quien, por lo demás no conozco ni poco ni mucho y que en esta tramoya representa un papel de simple utilidad.

—¿Y qué quiere usted hacer con ellos?

—Hacer de usted el muchacho más dócil, más flexible, más obediente, bajo pena inmediata de lo que usted ya sabe... Diez años, es la tarifa, y no hay que forjarse sobre esto la menor ilusión.

—¿Qué exigirá usted de mí?

—Va usted a saberlo. Supongo que el matrimonio no le inspira a usted repugnancia...

—¡El matrimonio!..

—Pero aunque se la inspirase, sería lo mismo.

—¿Quiere usted casarme?

—Usted lo ha dicho.

—¿Y con quién?

—Es usted, en medio de todo, un hombre de suerte. Hubiera podido yo ordenarle que hiciese el amor a alguna criatura repulsiva, o a alguna mujer que buscara un pabellón para cubrir mercancía de contrabando; y no habría usted tenido más remedio que obedecerme, a no ser que prefiriese usted...

Completó su frase con el gesto trivialmente enérgico que simula el acto de dar vuelta a una llave en la cerradura.

—Pues bien, añadió con cierta jovialidad feroz que no era lo más a propósito para tranquilizar a aquel con quien ahora jugaba como un gato con un ratón, en vez de esto, me propongo casarle con una joven que acaba de cumplir diez y seis años y que es muy linda.

—¡Ah!

—Me dirá usted que todo esto le importa poco porque su corazón pertenece a otra mujer...

Y para impedir una palabra imprudente de aquel a quien suponía capaz de todas las villanías, de todas las infamias, de todas las traiciones, le indicó con la mirada la puerta entreabierta del cuarto de Francina.

Ludovico había comprendido y, algo tranquilizado por la vaga complicidad de misterio y bellaquería que con un guiño le proponía aquel hombre, señor y dueño de su existencia, respondió como cómicamente consumado:

—No lo niego; amo mucho a Francina que también me ama, y por nada del mundo quisiera...

—¿Darle un disgusto? Esto demuestra buenos sentimientos; pero pronto verá usted que a usted y a ella les evitaremos este disgusto... Por lo demás, la joven que propongo a usted es perfectamente honrada, cosa que a usted debe interesarle mucho.

—¿Pero se puede saber quién es esa joven?

—Es una muchacha en cuya acta de nacimiento no figura el nombre de su padre, que no posee un céntimo y que trabaja para vivir.

—Entonces, ¿qué interés tiene usted?..

—¿Cree usted que tengo interés?.. Realmente si no lo tuviera no habría ido a buscar a usted.

—¿A buscarme?

—Sí, hombre, sí; ha puesto usted tan buena voluntad en dejarse encontrar que podría dejarle en la creencia de que se ha comprometido usted espontáneamente. Pero, no; prefiero decirle la verdad; yo le escogí a usted, sabía lo que quería y lo que usted valía y usted ha respondido perfectamente a mis deseos y previsiones. Y ahora prosigo. Esa muchacha no tiene padre, ni familia, ni fortuna; pero hay en el mundo un hombre, uno solo, que puede darle todo esto, y ese hombre soy yo. El día que yo quiera esa muchacha llevará un apellido ilustre, estará emparentada con las primeras familias de Francia y será heredera de una inmensa fortuna.

—¿Y esa joven es la que usted quiere?..

—¡Calma!, no se entusiasme usted tan pronto.

—¡Dios mío! Es que usted me trastorna... Cuando pienso...

Otra mirada de Delorme a la puerta entreabierta le advirtió de nuevo.

—Cuando pienso... que abre usted para Francina y para mí la perspectiva de una fortuna enorme...

—Sí, enorme.

—Es una cosa tan extraña, tan inverosímil...

—Ahora usted se pregunta por qué me he toma-

do el trabajo de suspender sobre la cabeza de usted la espada de Damocles que sabemos, pues ciertamente no había necesidad de la amenaza de unos años de presidio para llevar al altar a una heredera de millones.

—¡De millones!

—Sí, de millones. Pues bien la razón de mi conducta es que de esos millones quiero yo mi parte.

—¡Ah, la tendrá usted!

—Crea usted que no he dudado nunca de ello, dijo Delorme mirándole con expresión burlona y despreciativa. Y he de advertir a usted que cuento con una parte considerable.

—La parte del león, respondió Ludovico tratando de sonreírse.

—Buscaba la palabra y usted la ha encontrado.

Y en tono que no admitía réplica, añadió:

—Cuando llegue el caso ya hablaremos de esto; por de pronto le caso a usted.

—Pero para casarse...

—Han de ser dos que lo quieran... Precisamente porque necesito un joven capaz de agradar me he fijado en usted, que reúne casi todo lo que para esto se requiere y que, guiado por mí, llegará a tener lo que todavía le falta.

—Y mi padre...

—Cinco años hace que usa y abusa usted de la confianza y de la credulidad del buen señor, y me figuro que para un asunto del que depende el porvenir de usted..., sí, su porvenir, recalco repitiendo aquel abominable gesto de la llave que da vuelta a una cerradura, será usted tan persuasivo como para sacarle unas cuantas monedas de veinte francos.

—Mas si, a pesar de todo, quiere informarse...

—Los informes serán excelentes; y aunque esa novia que le destino a usted no fuese más que la joven sin fortuna que hoy cree ser, sería usted indigno de merecerla... Aparte de que si su padre cometiese la locura, que verdadera locura sería, de oponerse a ese matrimonio, usted tiene más de veinticinco años y, por consiguiente, su oposición importaría poco.

—Está bien... ¿Y cuánto tiempo después de la boda vendrá esa fortuna?

—Fíe usted en mi joven, que tengo tanta prisa como usted por verla aparecer.

—Conforme; y ahora, puesto que consiento...

—Lo que me place en extremo.

—¿Me dirá usted quién es esa joven?

—¿Quiere usted saber su nombre?

—Sí, me urge cerciorarme por mí mismo...

Mejor hubiera hecho en no pronunciar esta malhadada frase, pues al oír la Delorme le interrumpió diciéndole, en tono más seco y más duro que antes:

—¿Cerciorarse por usted mismo? ¿Pero olvida usted que aquí carece de reflexión y de voluntad, que es usted un muñeco a quien yo nuevo a mi antojo? Pues si le ordenase a usted casarse con una cualquiera, no tendría usted más remedio que hacerlo y aun demostrando entusiasmo. ¡Cerciorarse por usted mismo! Si el día en que usted intentase decir o hacer algo, fuese lo que fuese, por su propio impulso, ya sabe usted adónde iría yo y en dónde dormiría usted aquella misma noche.

—Pero, caballero, exclamó Ludovico aterrado; se engaña usted acerca del alcance de mis palabras... Nunca pensé abusar de su confianza.

—¿De mi confianza?, exclamó Delorme riendo ruidosamente. Pero si no le confío nada, absolutamente nada. Anda por el mundo una joven llamada Rolanda que como su madre, Manuela Casteras, se gana la vida dando lecciones; una y otra no tienen más perspectiva que ésta hasta el fin de sus días. Saben tan bien como usted y yo que tienen derecho a unos cuantos millones y saben asimismo y es la verdad, que nunca, lo oye usted bien, nunca, les será posible vindicar su derecho. Pero ignoran que yo poseo la prueba irrefutable, la prueba oficial que ellas han perdido; sí, yo la tengo y nadie conoce el sitio en donde la he ocultado. Ahora bien, el día en que usted hable demasiado, después de meterle a usted en la cárcel, les vendo a ellas, y muy caro, lo que prefiero vender a usted más caro todavía, y asunto concluido. Usted dirá si quiere perder los millones y al mismo tiempo ir a presidio; en cuanto a mí, míreme usted bien, joven; ese secreto hace diez y seis años que lo guardo y no soy hombre a quien se haga cantar... Y ahora, basta de conversación; escoja usted entre la fortuna dentro de unos meses, o el presidio en seguida.

—Firmaré lo que usted quiera.

—No hay que firmar nada. Cuando sea hora ya arreglaremos el asunto.

Y con su expresión diabólica, añadió:

—Tengo confianza en usted; además, tengo su firma... y cinco veces.

Delorme llamó a Francina.

—¿Te parece digno de lástima ese muchacho?, le dijo.

—De ningún modo; ni yo tampoco porque algo habrá también para mí. ¿No es verdad Ludovico?

—¿Acaso todo lo que será mío no será igualmente tuyo?, respondió Queyrel, quizás sinceramente, quizás con una segunda intención.

—Y sobre todo, como no has de amar a la novia de los millones. Y diga usted, preguntó a Delorme, ¿es muy grande esa fortuna?

—Tan grande que tardaréis bastante tiempo en verla agotada.

—¿Y cuándo será nuestra?

—Esto depende de Ludovico.

—¿Cuándo habrá trastornado el juicio a esa señorita? Poco ha de costarle.

—Entonces será pronto.

—¿Cuándo comenzará esa comedia de amor?

—En seguida; pero antes tengo que preparar la decoración.

—¿Dónde pasará la escena?

—Usted es pintor, ¿no es verdad joven?

—Sí, respondió Ludovico vacilando.

—Cualquiera diría que no está usted muy seguro de ello.

—¡Vaya si lo es!, exclamó Francina. Como que cada día dice que va a hacer mi retrato.

—¿Tiene usted taller?

—Confieso que desde hace algún tiempo...

—¿No? Lo suponía; pero en fin, si se le proporciona a usted uno, ¿es usted capaz de trabajar? No le pregunto si tiene usted talento, me es igual; me basta con la práctica del oficio.

—Caballero, replicó Ludovico en tono de protesta, soy menos torpe de lo que usted se figura.

—Tanto mejor.

—En la Escuela de Bellas Artes he conseguido algunos éxitos.

—Pido a usted mil perdones y le felicito... Ese talento nos servirá...

—¿Para qué?

—Ya se lo diré a usted mañana. En el entretanto, tracen usted y Francina sus planes para el porvenir.

—¿Y mañana?

—Mañana les convidaré a almorzar. Entonces hablaremos y nos conoceremos mejor. ¡Qué diantre! No soy tan malo como parece...

Y con una risa diabólica, añadió:

—Cuando se hace lo que yo quiero.

## VI.—EN NEUILLY

¡Cuán tranquilas, laboriosas y retiradas eran las modestas existencias que unas aves de presa y de rapiña se proponían conturbar! Únicamente cuando Rolanda abandonó el pensionado en donde había concluido sus estudios, para volver a ingresar en él como profesora auxiliar del curso de piano del señor Lefevre-Couty, únicamente entonces habíase producido en la vida de aquellas dos mujeres un ligero trastorno ocasionado por la vuelta de la joven a la casa materna.

Manuela, empero, había tomado de antemano sus precauciones. Desde hacía algún tiempo, previendo el regreso de Rolanda a su hogar, habíase preocupado con la exigüidad de su piso, evidentemente demasiado pequeño para las dos y tuvo la suerte de encontrar, en aquella misma casa, lo que necesitaba. Su vecina, la señora de Leroux dejaba el colegio de Neuilly por haber encontrado una colocación mejor en un pensionado de Saint-Mandé, al otro extremo de París, y no podía, por consiguiente, continuar habitando en la avenida de los Ternos. Manuela, pues, tomó el piso que su amiga dejaba y que para ella y su hija resultaba magnífico: un gran dormitorio para cada una, una sala muy pequeña y un comedor más pequeño todavía. Estarían allí como dos princesas. Es verdad que el nuevo piso resultaba caro, setecientos cincuenta francos al año; pero bien podían permitirse ese gasto, pues sin contar con los mil francos de renta de las obligaciones, que Manuela conservaba íntegros, ella ganaba en Neuilly tres mil francos y Rolanda setecientos veinte. Y con estos ingresos de cerca de cinco mil francos y con las economías que, en diez años había hecho Manuela, ésta y su hija podían vivir, si no con lujo, muy desahogadamente.

Manuela que no tenía en el mundo más que a Rolanda, a la que tan resueltamente había sacrificado la única dicha que podía dar aún algo de calor a su corazón, no tenía más cuidado ni más gozo que la felicidad de aquella hija adorada que correspondía a su amor con un cariño infinito y que era su orgullo, su alegría, su vida. Para Rolanda todo le parecía poco; ella, tan sencilla y modesta para sí, no encon-

traba nada bastante hermoso para su niña, cuyo cuarto estaba lleno de esas lindas inutilidades que hacen felices a las muchachas.

Mas no era ella sola en mirar a su hija. ¿No estaban también la señora Lecoutellier y el amigo Claudio? Porque Rolanda seguía siendo gran amiga de aquel sabio, ahora ilustre, miembro del Instituto, a quien todas las semanas, sin faltar una, iba a ver a su despacho de la Escuela de Medicina, en donde él se pasaba la vida al lado de su laboratorio. Después iba a dar a la señora Lecoutellier y a su criada, cada día más solas, una hora de alegría que ellas esperaban como una fiesta. A estas visitas había consagrado, desde su ingreso en el pensionado de la señora Richault-Darbón, el asueño de todos los jueves, acompañándola en ellas Octavia, una criada buena como el pan que estaba al servicio de Manuela desde su instalación en la avenida de los Ternos.

Rolanda, cuando aun era una niña, habíase admirado al principio de que su madre no fuese nunca con ella a la calle de la Torre; pero Manuela le había explicado que a la hora de aquellas visitas no podía abandonar el colegio. Más adelante, la niña comprendió que tal explicación era una excusa, y habiendo hecho algunas preguntas a su madre y a la señora Lecoutellier, de las respuestas perplejas de una y otra dedujo que había en aquello un misterio que era preciso respetar, una pena que más valía dejar dormir. Y con la delicadeza de su instinto, no había insistido más.

Pensaba, sí, en ello y a menudo, cuando estaba sola; pero se decía:

—Hay muchas cosas que no se cuentan a las niñas; cuando sea mayor, me hablarán de esto, como me hablarán de mi papá y de mis otros parientes.

Porque tampoco le decían nada de estas cosas de que se habla a cada momento en las familias. Respecto de este asunto, habíale sucedido lo mismo que respecto de la causa que impedía a su madre ir a la calle de la Torre; también al ser mayor había adivinado que existía en aquello un dolor misterioso que ella no quería avivar. Y se había resignado a esperar todo el tiempo que su madre quisiera.

Por lo demás, el aprendizaje de la vida, aun siendo muy suave, habíale proporcionado algunas enseñanzas, a veces brutales, de las que había sabido aprovecharse. En aquel colegio, en donde había pasado diez años de su infancia y de su primera juventud, había podido aprender la diferencia que hay entre niñas de apellidos ilustres, pertenecientes a familias ricas, y la hija de una profesora de la casa, educada por favor en aquel centro de aristocracia, de lujo y de vanidad. A medida que «la pequeña Casteras» crecía y se afinaba, revelándose inteligente, artista, y sobre todo siendo cada vez más linda, había visto que la intimidad de sus compañeras de la primera edad se convertía poco a poco en una reserva que, en muchas de ellas, tomaba cierto aire de desdén. Y como Rolanda era muy sensible y muy altiva y por nada que pudiera parecer actitud de humillación o de servilismo habría intentado hacerse aceptar por las que afectaban apartarse de ella, no tardó en adoptar su partido.

De todo esto nada había dicho a su madre, a quien tal confianza habría causado gran pena, ni tampoco a Claudio ni a la señora Lecoutellier, que también se habrían disgustado, y se había resignado a vivir en una especie de aislamiento voluntario que la ponía a cubierto de toda mortificación.

Mostrábase risueña y franca apenas se le manifestaba alguna simpatía, alguna confianza, pero no solicitaba jamás lo que haría temer solicitar en vano. Además, en sus estudios musicales, había encontrado muy pronto un pretexto para quedarse, durante las horas de recreo, tocando el piano y para no aburrirse de ello, sino muy al contrario.

Y con la filosofía que adquieren rápidamente las jóvenes que durante su vida sólo podrán contar con su inteligencia y su energía, decía:

—Mis compañeras pertenecen a una sociedad que nunca frecuentaré y cuando salgan del colegio ya no las veré más. Aquí hablan de sus palacios y de sus coches, de todo lo que ellas tienen y yo no tendré jamás... No te muevas, pues, de tu piano, Rolanda, y dedícate a él con ahinco.

Y como tenía el alma valiente de su madre y había heredado de su padre un buen carácter algo aventurero, se adaptaba valerosamente a su situación y aceptaba su existencia con tanta tranquilidad como perfecto reposo del espíritu y del corazón.

He aquí por qué, durante algunos años, casi nunca tuvo ocasión, que, por otra parte, ella no buscaba, de encontrarse con una de sus compañeras, poco más o menos de su misma edad, la señorita Geneveva de Lorgerac. Rolanda tenía en realidad un año más que ésta, pero como había entrado muy niña

en el colegio la adelantaba en un año de clase y esta diferencia las alejaba una de otra lo suficiente para que Rolanda no hiciese nada por acortar esta distancia y por crear entre ellas una familiaridad que ni siquiera intentó hacer nacer.

Más que su hija habíase puesto en guardia Manuela cuando supo el ingreso de Geneveva en el pensionado de la señora Richault-Darbón. ¡Cómo había latido su corazón al leer, en el comienzo de un curso, entre los nombres de las nuevamente ingresadas el de la señorita de Lorgerac! Informóse con precauciones infinitas y pudo convencerse de que aquella colegiala era la hija del barón Francisco de Lorgerac, del que un día, pareciale que había sido ayer, la había arrojado del palacio de Aspremont. Y durante mucho tiempo fué aquello para la pobre mujer un motivo de mortal inquietud. Si aquel hombre la veía y la reconocía o se enteraba de que era profesora del colegio en donde había puesto a su hija, ¿qué haría? Y aquella inquietud mortal trocóse en atroz angustia un día en que la casualidad los puso casi frente a frente en el patio de honor del pensionado. Pero el barón estaba muy lejos de pensar en la mujer a quien diez años antes había visto pálida, desencajada y ensombrecida por sus vestiduras de luto; así es que miró con indiferencia a la joven esbelta que pasaba por su lado y se limitó a preguntar a su hija quién era.

—La profesora de inglés, respondió Geneveva.

Padre e hija hablaron luego de otras cosas.

Después pasó tiempo y Manuela no volvió a encontrarse con el barón, por la razón sencilla de que éste, cada vez más absorto en sus negocios, no parecía por Neuilly. Ir al colegio significaba perder una tarde; y además, ¿qué había de ir a hacer allí? Su hija estaba admirablemente y no se quejaba, ¿a qué, pues, ir a verla?

El corazón de Lorgerac no encerraba ciertamente un tesoro de cariño paternal ni para su hija Geneveva ni tampoco para su hijo Enrique, ninguno de los cuales se le parecía en nada. Parecíanse los dos a su madre, deliciosa criatura, delicada y rubia a quien Lorgerac no había amado, como no había amado a nadie, y que en el palacio de Aspremont había llevado una existencia silenciosa, triste y recogida. Frecuentaba poco la sociedad y sólo se interesaba por esas cosas íntimas que atraen a las almas bellas y que su marido calificaba de tonterías. Había muerto muy joven no dejando en la memoria del barón más que un recuerdo de día en día más indiferente, más debilitado, más vago.

Y aquellos niños que sólo a ella se parecían así en lo físico como en lo moral, no tenían realmente nada que hiciera vibrar en él la fibra paternal, ahora enteramente paralizada; así es que el barón espació cada vez más sus visitas a Neuilly, reemplazándole su hijo Enrique que acudía regularmente al locutorio y al patio de honor del colegio en cuanto dejó de ser un niño, es decir, cuando tuvo quince o diez y seis años.

Enrique de Lorgerac era un guapo adolescente: rubio como su hermana, delgado y elegante como había sido su madre y como sería Geneveva y asombrosamente parecido a aquella niña con la cual se le veía pasear horas enteras bajo la sombra de los árboles del majestuoso patio de honor. Los dos formaban una pareja encantadora porque la niña prometía tener todo lo que tenía ya el muchacho y no más que viéndolos tan dichosos cuando estaban juntos, comprendíase que entre aquellos dos seres existía un afecto profundísimo, ese afecto de los huérfanos privados de la dulzura de los maternos cariños, que suplen con todo lo que hay en sus corazones de amor fraternal.

Manuela encontróse varias veces con Enrique, pero no se fijó en aquel joven desconocido, quien, por su parte, tampoco se fijó en aquella señora, en aquella profesora, en la cual no reconoció a la dama que tiempo atrás había visto, durante unos minutos, en el Luxemburgo. Y mucho menos reconoció en Rolanda a la chiquilla a quien el conde había besado primero y de la que se había alejado luego con una precipitación rayana en espanto y repulsión.

Durante muchos años, pues, la viuda y la hija de Rolando de Aspremont vivieron casi en contacto con los hijos de Francisco de Lorgerac, sin que nadie, excepto Manuela, conociese los vínculos que unían a aquellos niños ni el drama que los había separado seguramente para siempre. Y como uno se acostumbra a todo, aun a lo que en un principio fué penosa impresión, la viuda de Rolando se acostumbró a la presencia de Geneveva que, por fortuna, no asistió a su clase, a la que, por consiguiente, no hubo de dirigir la palabra y que, por las razones que hemos dicho, tuvo tan poco trato con Rolanda.

(Se continuará.)

## ACTUALIDADES BARCELONESAS

CORRIDA DE TOROS A BENEFICIO DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA.—EXPOSICIÓN DE PLANTAS Y FLORES

(De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



Corrida de toros a beneficio de la Asociación de la Prensa.—Las presidentas de honor.

El domingo, día 19 del actual, efectuóse en la nueva Plaza de Toros una corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa diaria de esta ciudad.

El circo estaba enteramente lleno y ofrecía un aspecto brillante; todas las localidades hallábanse ocupadas y en los palcos, en las delanteras y aun en las gradas veíanse numerosas y distinguidas familias de la alta sociedad barcelonesa.

La presidencia honoraria de la corrida había sido confiada a seis bellísimas señoritas, que lucían elegantísimos trajes, la clásica mantilla blanca y ricos mantones de Manila; eran Angelita Rosal, Madronita Andreu, Gloria Bulbena, Reyes Bosch, Polly Vidal y Rosita Coll. La presidencia efectiva estuvo a cargo del oficial del Gobierno Civil D. Jaime Bas.

Lidiáronse seis toros de la conocida ganadería de la marquesa viuda del Saltillo, que, en general, resultaron fojos; únicamente el primero y el sexto demostraron alguna bravura.

Los espadas fueron Fuentes, Machaquito y Coche-rito de Bilbao, que cumplieron como buenos, aunque sin hacer nada verdaderamente notable, al decir de los aficionados e inteligentes.

El desfile fué animadísimo, habiendo sido en número extraordinario los carruajes y los automóviles que después de la corrida se dirigieron desde la plaza al Paseo de Gracia.

En los elegantes y espaciosos salones de la Casa Reig se ha celebrado una exposición de plantas y flores organizada por la Sociedad Catalana de Horticu-  
ltura con el concurso del Ayuntamiento y de la



Aspecto de una parte de la plaza durante la corrida.

Diputación provincial, que concedieron para ella sendas subvenciones.

Grandioso y bellísimo era el aspecto de aquellas instalaciones, en las cuales nuestros jardineros habían hecho verdadero derroche de incomparable gusto, y es tarea punto menos que imposible reseñar todo cuanto de hermoso, suntuoso y artístico contenía la exposición.

Trece instalaciones de otros tantos individuos de la mencionada Sociedad estaban repartidas en tres vastos parterres y en una gran mesa central, pudiendo admirarse en unos y otra, además de las plantas de adorno y florales y de las flores sueltas de la presente estación, elegantes combinaciones de jarros, cochecitos, almohadones, escudos, etc.

El jurado del concurso anexo a la exposición emitió el siguiente fallo:

*Sección de flores.*—Premio de honor, don Ramón Closa, por su jarrón artístico. Primeros premios: D. Vicente Llanés y don Francisco Climent, por sus objetos artísticos, y D. Antonio Piera, por su automóvil adornado con flores. Segundos premios; don

Antonio Codina, por su instalación de flores cortadas y objetos artísticos; D. Buenaventura Casals, por una colección de peonías y rosas; D. José Díez, por una colección de objetos adornados con flores, y D. Miguel Batlle, por su automóvil y perspectiva de garaje.

*Sección de plantas y de plantas de flor.*—Primeros premios: D. Antonio Piera, por un grupo artístico y dos hortensias, ejemplares maravillosos, de excepcional grandiosidad, que llamaron la atención de un modo particularísimo; D. Agustín Batlle, por sus begonias y demás plantas en flor; D. Andrés Batlle, por su colección de plantas variadas, y D. Antonio Codina, por su cultivo especial de gardenias; Segundo premio, D. Ginés Girbal, por un grupo de claveles en maceta.



Exposición de plantas y flores. Vista de dos de las más notables instalaciones de flores sueltas y combinadas en objetos artísticos

MARCONI EN MADRID

El ilustre inventor de la telegrafía sin hilos, Guillermo Marconi, ha permanecido dos días en Ma-



El Sr. Marconi saliendo del Palacio Real después de su entrevista con S. M. el rey

drid, habiendo sido objeto durante los mismos de grandes agasajos.

A su llegada a la corte, el día 19, fué recibido en la estación por el embajador y todo el personal de la embajada de Italia, por la colonia italiana, por una porción de comisiones de importantes entidades y por numerosos y distinguidos particulares, que aplaudieron y vitorearon al inventor.

Después de hechas las correspondientes presentaciones, Marconi dirigióse al hotel. Por la tarde asistió a una corrida de toros y por la noche, después de la comida íntima que en su obsequio se dió en la embajada de Italia, concurrió a la solemne velada que en honor suyo había dispuesto el Ateneo de Madrid.

Solemnísima fué aquella fiesta que presidió Su Majestad el rey, acompañado del infante D. Fernan-

do y del príncipe D. Raniero y a la que asistieron el gobierno en pleno, nutridas representaciones de los centros científicos y literarios y altas personalidades de todos los ramos de la intelectualidad española.

Después de un elocuente discurso que pronunció el presidente del Ateneo Sr. Moret saludando al célebre inventor y agradeciéndole la honra que dispensaba a la docta corporación, habló el señor Echegaray, quien en párrafos inspiradísimos entonó un himno á la ciencia, saludó en nombre de ésta, de la juventud y del pueblo a Marconi y examinó lo que la obra de éste representa.

A continuación el Sr. Marconi, después de dar las gracias a S. M. por haber honrado con su presencia el acto, a los Sres. Moret y Echegaray por los elogios que le habían dirigido y al público por la acogida cariñosa que le había dispensado, explicó con claridad lo que es la telegrafía sin hilos; describió la instalación de que se sirvió en 1896

municación entre Europa y América; señaló los problemas muy interesantes que todavía hay que resolver y terminó manifestando su agradecimiento a España por el calor con que acogió su invento. Los tres discursos fueron aplaudidísimos, especialmente el de Marconi, a quien el público tributó una gran ovación.

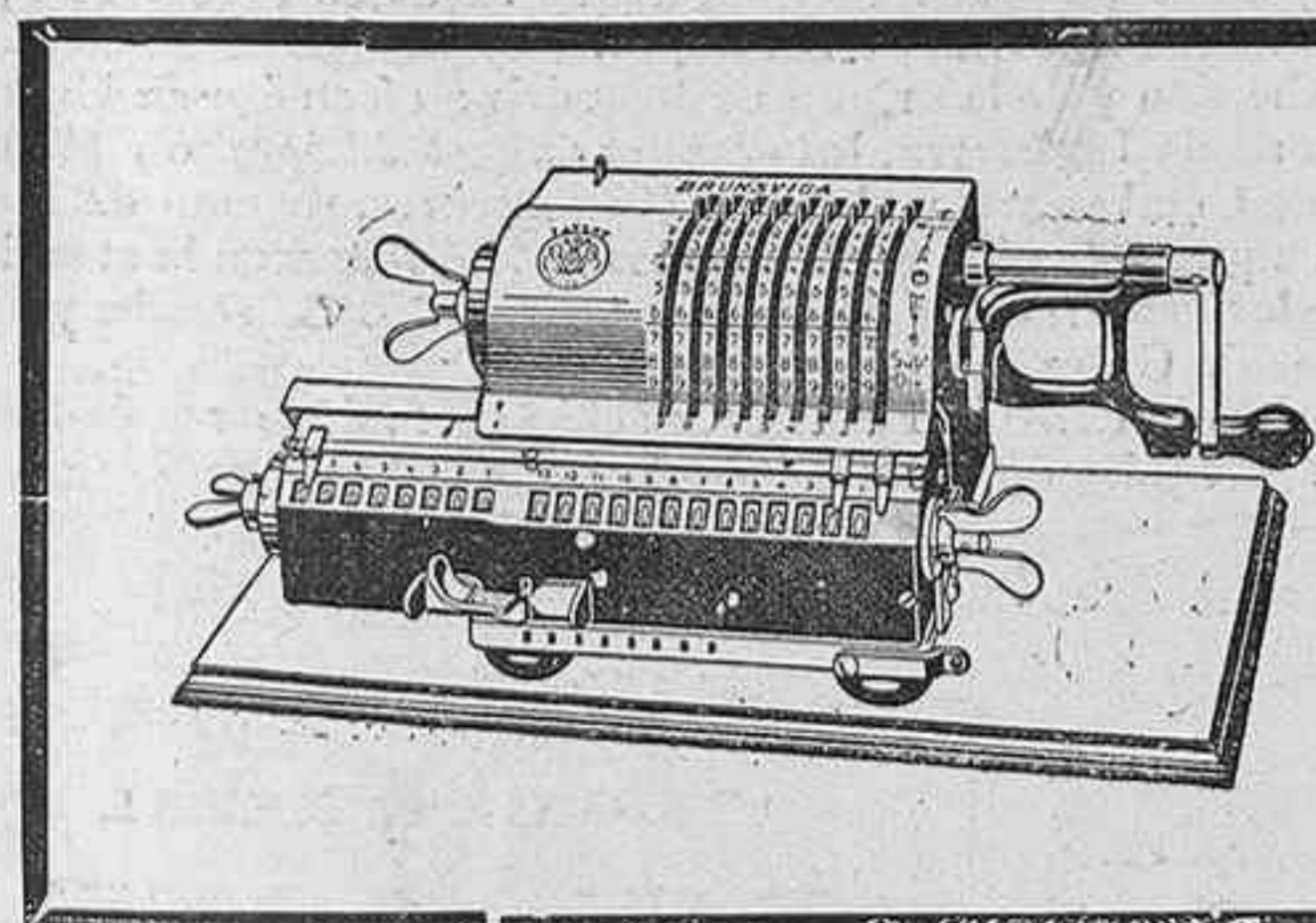
Al día siguiente, el Sr. Marconi fué recibido en audiencia por S. M. el rey, quien conversó con él durante más de una hora y le entregó las insignias de la gran cruz de Alfonso XII encerradas en un lujoso estuche. Terminada la entrevista, el Sr. Marconi cumplimentó a las reinas Doña Victoria y Doña María Cristina y asistió luego al almuerzo que se dió en su honor en la embajada de Italia. Después estuvo en la Casa de Campo y en la casa de A. B. C. y por la noche presidió el banquete con que le obsequió la Compañía nacional de la Telegrafía sin hilos.

El ilustre inventor salió de Madrid el día 21, después de haber visitado la estación radiotelegráfica



Velada celebrada en el Ateneo de Madrid en honor del Sr Marconi. (Fotografías Asenjo y Salazar.)

para sus primeros experimentos; expuso los progresos que se han ido realizando hasta conseguir la comunicación de Aranjuez y sido recibido en audiencia especial por S. A. la infanta Doña Isabel.—T.



Máquina de calcular

BRUNSVIGA

Hace toda clase de operaciones aritméticas \* Pídase catálogo

GUILLERMO TRÚNIGER & C.º \* BALMES, 7 \* BARCELONA



CITRATO EFERVESCENTE "KING"

LA PRIMERA MAGNESIA DEL MUNDO  
SU VENTA EN ESPAÑA PASA DE 300000 FRASCOS ANUALES  
ESTE ES EL MEJOR ARGUMENTO

Agente exclusivo: EDUARDO SOLA - Trafalgar 13 - Barcelona



VINO y JARABE

DE DUSART

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

## COPENHAGUE.—PROCLAMACIÓN DEL NUEVO REY CRISTIÁN X

(De fotografías de Harlingue y Trampus.)



El nuevo rey Cristián X y el príncipe heredero Cristián Federico.—El pueblo de Copenhague, en la plaza del Palacio de Amalienborg, aclamando al nuevo soberano después de su proclamación

Apenas el gobierno dinamarqués tuvo noticia del fallecimiento de Cristián Federico VIII, reunió en Consejo y fué luego a palacio a conferenciar con el príncipe heredero. Terminada la entrevista, el Sr. Berussen apareció en el balcón del regio alcázar y dirigiéndose a la multitud reunida en la plaza y que no bajaría de 40.000 personas, gritó:

«El rey Federico VIII ha muerto. ¡Viva el rey Cristián X!»

La muchedumbre saludó con nueve hurras la declaración del presidente del Consejo y entonces el nuevo soberano, descubierta la cabeza, vestido con el uniforme de general y luciendo la cinta de la orden del Elefante, dirigió al pueblo el siguiente discurso, que fué varias veces interrumpido por grandes aplausos:

«Todos los dinamarqueses están consternados por la noticia de que el rey, mi amado padre, que esperaba volver lleno de salud a su capital, ha muerto repentinamente. Este duelo cruel ha afectado dolorosamente a mi amada madre y a todos sus deudos, lo mismo que á sus leales súbditos.

»Una grave responsabilidad pesa ahora sobre mis hombros; espero, sin embargo, encontrar la misma confianza que mi amado padre había encontrado. La prosperidad, la libertad y la independencia de Dinamarca serán mi único objetivo. Todos los dinamarqueses que sientan igual deseo podrán darse las manos. ¡Que Dios proteja y bendiga nuestra antigua patria! ¡Viva Dinamarca!»

La multitud prorrumpió en entusiastas vivas y la bandera, que estaba a media asta, fué izada al extremo del mástil, mientras la artillería disparaba salvas en honor del nuevo rey. Entonces salieron al balcón la reina, el príncipe heredero y el príncipe Knud, que fueron calurosamente aclamados.

Varias sociedades corales y el público, haciéndoles coro, entonaron el himno nacional entre grandes demostraciones de entusiasmo.

El nuevo soberano de Dinamarca nació en Charlottenburgo en 26 de septiembre de 1870 y en 26 de abril de 1898 se casó con la princesa Alejandrina de Mecklenburgo-Schwerin, nacida en 24 de diciembre de 1879 y hermana del actual gran duque Federico Francisco IV y de la princesa Cecilia, esposa del príncipe imperial de Alemania.

La boda del entonces príncipe Cristián y de la princesa Alejandrina efectuóse en Cannes y a ella concurren la reina Victoria de Inglaterra, los grandes duques Alejandro y Miguel Nikolaiewitch de Rusia, el duque de Cumberland y el duque Juan Alberto, regente de Mecklenburgo. Entre los regalos que en aquella ocasión recibieron los novios llamaron la atención un collar de zafros y brillantes, de los emperadores de Rusia y un abanico de concha y diamantes con encajes, de los príncipes de Gales.

Cristián X tiene dos hijos, el príncipe Cristián Federico, nacido en 11 de marzo de 1899, y el príncipe Knud, que nació en 27 de julio de 1900.

**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** 35 109 RES

**JORET HOMOLLE**

CURA

**LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS**

F<sup>ca</sup> G. SEGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**ANEMIA DEBILIDAD** Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El más activo y económico, el único Inalterable.—Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts, París.

**HISTORIA GENERAL de FRANCIA**

ESCRITA PARCIALMENTE  
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Data de 1849

**PUREZA DEL CUTIS** París

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B<sup>o</sup> St-Denis, 16

**HISTORIA GENERAL DEL ARTE**

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gléptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se vende en 8 tomos lujosamente encuadrados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN